

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL OSCURO HOTEL DEL INFIERNO

Silver Kane

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



Un agente secreto americano (Pat Moresby) llega a Haití. Su misión consiste en dismantlar un negocio mafioso de trata de blancas y tráfico de drogas. Nada más llegar intenta detener al cabecilla, pero en la operación Durand acaba muriendo. En Haití, el agente se reúne con su esposa, la doctora Moresby, que se aloja en el hotel Canton. Al llegar descubre que está confinada en una habitación vigilada por policías. El encargado de la vigilancia le comunica que su mujer está moribunda a causa de una brutal paliza recibida. La mujer tiene las manos completamente quemadas y el hígado destrozado. Además, se la acusa de traición por estar trabajando con enemigos del gobierno, especialmente con un tal Cristóbal Gueraes. Le informan que el revolucionario Gueraes era, además, su amante...

Moresby habla con su mujer moribunda para intentar conocer la verdad. Ella es también agente secreto y había sido la persona que había ayudado a Moresby a desenmascarar la organización criminal. Le dice que en el mismo hotel se van a reunir las cuatro personas que heredarán el negocio mafioso tras la muerte de Durand. También confiesa no conocer a Gueraes. Moresby está seguro de que su mujer le está mintiendo. Además, en sus investigaciones, encuentra una fotografía de los dos supuestos amantes.

Llegan al hotel los cuatro compinches de Durand (Susan, Jannot, Angélica y Prince) quienes comienzan a intentar posicionarse para heredar el negocio. Curiosa (y terroríficamente) van siendo asesinados uno a uno por un desconocido. Lo único que sabemos es que el asesino tiene las manos completamente quemadas (unas manos de aspecto sarmentoso, largas, con apariencia de piel comida por los ácidos, que se cierran sobre su cuello), como las de la esposa de Moresby, la moribunda que no puede levantarse de la cama y a la que los médicos no le dan más allá de veinticuatro horas de vida...



Silver Kane

El oscuro hotel del infierno

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1451

ePub r1.1

Lds 16.12.18

Título original: *El oscuro hotel del infierno*

Silver Kane, 1978

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

John Panter se estaba despidiendo de la ciudad.

Había pasado arrastrando los pies por Union Square, donde los *hippies* todavía se arraciman y contemplan el infinito tendidos en la hierba. Había desfilado por el Chinatown, donde los expertos aseguran que está la mayor ciudad asiática fuera de Asia, y donde los restaurantes chinos se suceden unos a otros mezclados con salas de fiestas y con tiendas donde uno puede adquirir la última fantasía fabricada en Hong Kong. Había llegado hasta los muelles, donde al fondo de la bahía destacaba la mole silenciosa de Alcatraz, como recuerdo de otros tiempos que ya no volverían. Y ahora se encontraba sentado en aquel bordillo, como un paria, mirando al vacío, sabiendo que dos días después ya no podría permanecer en San Francisco ni en un radio de doscientas millas. Le habían expulsado de la ciudad.

Como un fantasma se puso en pie. Dobló por Markett Street a la izquierda y se metió por una calle de oscuras casas, la mayor parte de las cuales habían sobrevivido al terremoto de 1906. Las ventanas oscuras y silenciosas le miraban como si aquello hubiese quedado más allá del tiempo.

Miró su reloj y se dio cuenta de que llegaría tarde a la cita. Entonces apretó algo más el paso para alcanzar las inmediaciones del hotel Stuart.

Extraño hotel aquél.

Debía tener unos cien años, y seguramente la casa no había sido reparada por la parte exterior desde principios de siglo. Ya apenas tenía clientes, aunque los servicios de Beneficencia de San Francisco enviaban de vez en cuando allí a personas que no tenían hogar pero que resultaban demasiado dignas para ir a parar a un asilo. Artistas

que en otro tiempo fueron famosos, deportistas que la gente aclamó y de los que ahora no se acordaba nadie, escritores olvidados... La Beneficencia les pagaba la habitación y así parecía que aún seguían llevando una vida independiente y digna. También de vez en cuando frecuentaban aquel lugar algunas parejas, porque era un sitio discreto y donde nadie preguntaba nada. Se hacía el amor por horas y en paz.

John Panter sabía que se encontraría allí con Evelyn. Pasó junto a la puerta y llegó a través del callejón a un patio interior donde había dos árboles y un banco. Parecía como si el tiempo se hubiese detenido allí, en el San Francisco de otra época.

Evelyn estaba sentada en el banco.

Se puso en pie al verle.

Y Johnny sonrió con alegría, a pesar de que ella fuera la causa de que le hubiesen expulsado de la ciudad. La muchacha, vestida con desenvoltura, se acercó a él y le estampó un beso en la boca.

—Creí que no ibas a venir, Johnny.

El mostró con un cierto gesto de pena sus manos vacías.

—Me estaba despidiendo de esto, ¿sabes? —musitó.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—Mañana será el último día.

—Entonces no podemos perder el tiempo, Johnny. *Para los dos* es el último día, prácticamente. Quiero que pasemos juntos todas las horas posibles, quiero que tengamos al menos un recuerdo.

—Esto puede perjudicarte, Evelyn. Después de todo, no conviene que te vean con un tipo como yo.

La muchacha sonrió.

Cuando sonreía de aquel modo, se le marcaban dos simpáticos hoyuelos en las comisuras de sus labios. Y entonces, en esos momentos, parecía una niña.

—Nadie va a ver, Johnny —susurró—. Y además, aunque fuese al contrario, te juro que tampoco me importaría.

—De acuerdo... Siento no haber encontrado un sitio mejor que éste para citarte, pero si salíamos en coche de la ciudad para ir a cualquier motel de las afueras, nos seguirían los esbirros de tu padre. En cambio no creo que aquí dé nadie con nuestra pista. Es lo mejor.

—Estaremos tranquilos, Johnny. Claro que sí... Y además el sitio

en que nos amemos no importa. Sólo tú y yo importamos en este momento. ¿Vamos?

—Claro que sí, Evelyn. Vamos.

Los dos se dirigieron hacia la puerta lateral del hotel que daba al patio interior. Era la más discreta. Todo el bullicio de Markett Street y del centro de San Francisco quedaba lejos y hasta ellos no llegaba ningún rumor, como si de repente se encontraran en una ciudad vacía.

John Panter tomó del brazo a la muchacha. Mientras tanto, con la mano derecha, le señaló la puerta.

—Allí —musitó.

No se dio cuenta de lo que ocurría.

Aquello que en ese momento volaba por el aire no llegó a verlo hasta que lo tuvo materialmente entre sus dedos.

Hasta que la sangre resbaló por ellos.

Como un maldito chorro caliente.

Hasta que se dio cuenta de que sus dedos se estaban hundiendo en las arterias recién cortadas y todavía repletas de sangre.

Johnny no pudo evitar un grito de sorpresa, de estupor, de horror, de asco.

Porque justo sobre su mano derecha acababa de desplomarse desde el vacío una cabeza cortada, la cabeza recién guillotizada de un hombre.

* * *

El teniente Perry tomó el teléfono cuando llamaron a su sección. Con la expresión fastidiada de quien no tiene más remedio que aguantar a un pelmazo, dijo cuándo su interlocutor hubo dejado de hablar:

—Sí, señor Vance, por supuesto. El sargento Murdock está encargado de hacer cumplir esa orden y él mismo velará para que no haya ningún problema. Todo se hará con la mayor puntualidad.

—Por supuesto, señor Vance. A John Panter no sólo le ha sido retirada la licencia, sino que le quedan cuarenta y ocho horas justas de permanecer en la ciudad.

Y añadió, después de la insistencia del otro:

—Naturalmente que lo tenemos vigilado. Si ese hombre

permanece en San Francisco cinco minutos más de lo permitido en la orden de expulsión, nosotros mismos le sacaremos de la ciudad a la fuerza, aparte del lío que va a tener, porque el juez puede condenarle además a varios años de cárcel. Por eso le digo que no se preocupe: John Panter cumplirá la orden de expulsión porque no le va a quedar otro remedio, so pena de incurrir en desobediencia.

Y colgó con un gesto de fastidio.

Ya estaba hasta las narices de aquel tipo, de aquel millonario, de aquel politicastro que era capaz de remover hasta el último rincón de la ciudad cuando algo le perjudicaba.

Miró hacia la sargento de oficinas Mollers, que no tenía inconveniente en enseñarle sus magníficas piernas por debajo de la mesa, y preguntó:

—¿Alguien vigila a John Panter, ese maldito detective privado? Yo le acabo de decir a Vance que sí, que estamos sobre sus pasos.

—No, nadie le vigila —informó la sargento mientras fingía estirarse los bordes de la falda—, pero hay orden de ir a buscarle a su domicilio en cuanto sea efectiva la orden de expulsión. Falta ya muy poco.

Perry hizo un gesto de fastidio.

—No han sido bien interpretadas mis instrucciones —gruñó—, porque lo que yo dije fue que tuviera un agente pegado siempre a sus talones. Pero, en fin, eso tampoco tiene demasiada importancia. Tome nota para que el apartamento de ese tipo esté vigilado día y noche y se me dé cuenta de todos los movimientos de Panter. Llámeme a casa si hace falta. No pienso moverme de allí.

Se ajustó bien la funda sobaquera, tomó la americana que tenía colgada del respaldo de la silla y salió. En la amplia playa de estacionamiento, junto a los coches patrulleros, estaba su pequeño «Ford Federal». Lo condujo a poca velocidad por las «montañas rusas» que son las calles de San Francisco, entre subidas y bajadas casi continuas, mientras se frotaba los ojos cargados de sueño porque había dormido muy mal la noche anterior, y durante el día había tenido una guardia muy pesada. Atravesó el puente colgante, llegó a Berkeley y tuvo que frenar porque había una doble manifestación de estudiantes: una de lesbianas y otra de maricas que se insultaban mutuamente, a pesar de que prácticamente pedían lo mismo. Los maricas llamaban a las lesbianas marimachos

y las lesbianas llamaban a los maricas machistas, lo que ya era el colmo. Al fin, entre una serie de pancartas que pedían el *Gay Power*, Perry pudo pasar.

Su apartamento estaba en una zona apacible y apartada de la universidad. Pocos vecinos y tranquilos, porque la mayor parte de ellos vivían de su retiro. Había en el jardín unas cuantas palmeras nostálgicas y una piscina que no usaba nadie porque el cielo estaba nuboso y presagiaba tormenta.

Perry entró en el apartamento donde vivía solo. Un dos piezas donde había unos cuantos recuerdos, unas docenas de libros, un equipo de

Hi-fi

muy sofisticado y un aparato de televisión con pantalla gigante. Los muebles eran claros y podían hacer pensar en cualquier cosa menos en una idea macabra.

Y, sin embargo, fue allí donde la vio.

Nada más entrar.

Allí estaba, puesta sobre la mesa.

La cabeza de un hombre.

* * *

El teniente Perry, que había visto muchos cadáveres en su vida, reaccionó sin embargo como un novato. Miró aquella cabeza ya exangüe, aquellos ojos muy abiertos y que parecían dos masas gelatinosas, aquel cuello cortado con la limpieza de una guillotina, aquel pelo rebelde que caía sobre la frente del muerto... Miró todo eso y no pensó, sin embargo, que alguien había colocado la cabeza allí y que, por lo tanto, podía atacarle. Quedó tan asombrado y tan atónito que no supo reaccionar.

¡La cabeza de un hombre guillotinado allí! ¡En el propio apartamento de uno de los jefes de la policía!

Oyó entonces un ruido a su espalda y se volvió. Lo hizo velozmente, recobrando en un instante su rapidez de reflejos. De pronto lanzó un grito.

El hombre venía hacia él.

Tenía unos puños como bolas de hierro.

Y el primero de aquellos puños dio a Perry en la barbilla,

enviándolo por los aires contra una de las butacas del salón. Lo terrible para Perry fue que planeó materialmente sobre la mesa de la cabeza cortada y estuvo a punto de tocarla con sus manos.

Derribó la butaca, dando una vuelta de campana en el aire.

Bruscamente se puso en pie.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Porque estaban sucediendo demasiadas cosas extrañas para que pudiera creerlas. Porque el que le estaba atacando con sus puños... ¡era John Panther, el detective privado que debía ser expulsado de la ciudad!

Perry balbució:

—¡Estás loco!

Pero el corto al estómago le hizo inclinarse hacia adelante mientras jadeaba y tenía la sensación de que iba a sacar la primera papilla. De pronto el gancho a la mandíbula lo envió de nuevo hacia atrás.

Perry giró sobre sí mismo.

Se estrelló contra la pared mientras por sus labios resbalaba la sangre.

El teniente llevó entonces la derecha a su funda sobaquera. Con un gesto instantáneo sacó su revólver, un «Python» cargado con cinco balas y de tiro ultrarrápido. Perry siempre había preferido el revólver a la pistola porque el revólver puede usarse con una sola mano, levantando simplemente el martillo, mientras que la pistola ha de ser montada con las dos manos para el primer disparo, y muchas veces uno no tiene las dos manos libres. Lanzó una maldición mientras hacía fuego.

Pero no contaba con la rapidez fantástica de John Panther. Perry no entendía lo que pasaba. De pronto el enemigo desapareció de su campo visual mientras la bala producía un boquete en la pared.

El teniente lanzó un grito.

De pronto se dio cuenta de que una de las ventanas estaba abierta. Adivinó lo que iba a pasar y giró el revólver.

Pero no esperaba que John Panther tuviese aquella fantástica agilidad. De repente lo vio volar a través de la ventana como un suicida.

Sin embargo, no lo era. Más allá estaba la escalera de incendios, y Panther quedó colgado de ella, oscilando sobre el vacío. A quince

pisos de altura, los famosos tranvías de San Francisco parecían auténticas orugas deslizándose por una pendiente.

Perry aulló:

—¡Vete subiendo poco a poco! ¡Sube o te dejo seco! ¡Arriba, maldito!

Pero su voz se perdió inútilmente en el vacío. El teniente volvió a tener la sensación de que nunca entendería lo que pasaba. Disparó mientras el fugitivo se dejaba caer como un trapecista un piso más abajo.

Perry no tiraba a matar, sino sólo a herir. De lo contrario, al no tener que afinar tanto, es posible que hubiera alcanzado a Panter, pero de todos modos hubo de reconocer que aquel maldito detective no le daba ninguna facilidad. Desaparecía del punto de mira de su revólver como una lagartija desaparece de la pared, antes de que él pudiera darse cuenta. Era un diablo.

En pocos segundos, John Panter había pasado a estar dos pisos más abajo y ya no le divisaba desde la ventana. Perry lanzó una maldición mientras corría hacia el ascensor, con la esperanza de llegar antes a la calle.

Pero se equivocó también en aquel cálculo. Mientras Perry descendía, John Panter se situó en una comisa cuya situación ya debía haber estudiado antes, porque actuó con absoluta seguridad. Pegado a la pared, se deslizó por ella en un difícil equilibrio hasta llegar a la esquina del edificio, donde éste se unía a otro bastante más bajo. Panter dio un ágil salto y se situó en una de las terrazas del inmueble vecino. Desde allí vio a través del cristal lo que pasaba en el interior.

Era la mar de interesante.

Dos parejas en la cama.

Menudo montón de carne humana en movimiento. Menudo *tric-trac*.

Menudo lío.

Panter empujó tranquilamente la puerta de cristales y pasó al interior. Por lo que pudo ver, el ajetreado dormitorio se prolongaba más allá por el lado opuesto, en una fantástica terraza donde había césped e incluso una gran piscina. Todo aquello respiraba lujo. Las cuatro incansables personas que estaban en la cama también debían pertenecer a la buena sociedad de San Francisco, a juzgar por las

ropas y los objetos que estaban tirados de cualquier manera sobre las butacas. John Panter tomó un encendedor de oro macizo olvidado en el tocador, se puso un cigarrillo en los labios, lo encendió y luego volvió a depositar el encendedor en su sitio.

Sólo una mujer que estaba practicando el amor a cuatro patas se fijó en él. Preguntó con la boca torcida:

—Oye, ¿dónde está tu esposa?

—¿Mi esposa? ¿Por qué?

—Aquí hacemos intercambio de matrimonios. A ver si nos aclaramos de una vez... ¿no has traído una tía?

El que «trabajaba» con ella bisbiseó:

—Se la ha debido olvidar fuera. Y estate quieta, demonios, que eres peor que mi mujer.

La que estaba con el otro tío masculló:

—¿Qué tienes tú qué decir de mí, macho? ¿O es que acaso no te parezco lo bastante honrada?

El detective prefirió alejarse antes de que allí se organizara un lío de verdad. Por lo visto, aquellos honestos ciudadanos pertenecían a uno de esos clubs creados para que la gente se conozca y los matrimonios se intercambien. Parece que así la vida es menos aburrida, vaya usted a saber.

John Panter fue a la puerta del piso, la abrió tranquilamente y descendió por el ascensor hasta la calle. Como ésta no era la del edificio de apartamentos de Perry, sino otra calle que formaba ángulo con la primera, estaba casi seguro de que el teniente no llegaría a verle.

Pero se equivocó.

Panter había dejado su coche alquilado en un *parking* inmediato. Iba a abrir la portezuela cuando, de pronto, el cañón de un revólver se le clavó en mitad de los riñones.

—Te equivocas si crees que soy idiota, amigo. Llevo más años que tú vigilando a la gente. De modo que... ¡arriba las manos y fuera la artillería! ¡A tomar viento!

Era la voz de Perry.

Panter dijo con expresión aburrida:

—Bien...

Y alzó levemente las manos, pero en realidad lo que hizo fue situar el codo derecho en línea con el arma que le amenazaba.

Entonces, mientras se volvía con la rapidez del rayo, dio un golpe con el codo al antebrazo de Perry. Era un movimiento arriesgado, tan arriesgado que podía llevarle a la muerte, pero Panter lo había ensayado tantas veces que sabía que difícilmente le podía fallar. En efecto, la bala le rozó un costado, acarició el capó del coche y se hundió en una de las pilastras. Perry lanzó un gruñido, sin comprender aún cómo había podido fallar. Pero lo que sucedió a continuación lo entendió todavía menos.

El golpe a la mandíbula le envió patas arriba sobre el capó de otro automóvil estacionado junto al de Panter. Otro golpe en el antebrazo, un verdadero impacto de karate, le hizo soltar el «Python» antes de que se pudiera dar cuenta de lo que estaba sucediendo.

El teniente barbotó:

—¡Maldito hijo de mala madre! ¡La agresión a un oficial de policía te va a costar tres años de cárcel! ¡Tres años mamando reja, marica!

Tres años de cárcel para los que no habría ninguna clase de perdón. Era lo que se dice una mala noticia y Panter lo sabía. Pero entonces ocurrió otra de las cosas inesperadas que estaban sucediendo en aquel cochino asunto.

John Panter sonrió.

Entregó el revólver a Perry.

Luego sacó un paquete de cigarrillos para ofrecérselos amablemente.

—Esperaba que al fin dijese eso, Perry —murmuró.

—¿Decir? ¿El qué?

—Lo de los tres años de cárcel.

El teniente pestañeó. Cada vez entendía menos aquello. Pero había una cosa clara, al menos, y era que ya volvía a tener el revólver en la derecha.

—Te vas a reír de tu padre —barbotó—, aunque dudo que lo hayas conocido. Con el cañón te voy a sacar las amígdalas.

—Estoy hablando en serio, Perry.

—¿En serio de qué?

—No soy tan idiota como para provocar a un teniente de policía si no busco algo. Todo esto lo he hecho a propósito.

—¿A propósito? ¿Es que te gusta la cárcel? ¿Tienes algún

amiguito allí?

—Hablemos claro. Usted sabe que he sido expulsado de la ciudad.

—Exacto. Y la orden se cumplirá mañana.

—Pero agredir a un oficial de policía lleva consigo una sanción más grave, y por lo tanto ese segundo delito tiene prioridad sobre el primero.

—¡Naturalmente que sí!

—En consecuencia no me pueden expulsar, sino que deberé esperar a que se me procese por haberle golpeado a usted. Tendré que hacer declaraciones ante el fiscal del distrito y por lo tanto necesitarán que me encuentre en San Francisco.

—¡Claro que sí! ¿Pero sabes dónde aguardarás a que el fiscal del distrito te llame? ¡En la cárcel!

—Se equivoca, Perry. Por un delito que está castigado con menos de tres años, puedo pedir la libertad provisional. Usted sabe que alguno de los abogados que son amigos míos la conseguirá. Por lo tanto permaneceré en San Francisco y además libre, que es lo que buscaba.

Perry meneó la cabeza pesadamente. Al parecer, no entendía aquello.

—¿Pero por qué te interesa una libertad provisional que luego te va a dejar hundido? —masculló—. ¿O crees que la condena que te vas a ganar va a quedar detenida por eso?

—No, teniente. Confío en obtener una sentencia favorable cuando llegue el momento, pero ese riesgo es el precio que tengo que pagar. De otro modo, mañana mismo me expulsarían de aquí sin remedio.

—Pero... ¿por qué quieres quedarte en la ciudad? ¿Qué buscas? Panter chascó dos dedos.

—Usted ha visto la cabeza cortada arriba, Perry.

—Di... diablos, sí. Con la pelea que acabamos de tener, había llegado a olvidarla, y eso que es de lo más macabro que he visto en mi vida. No entiendo nada de lo que pasa.

—Pues quiero quedarme en San Francisco para investigar ese crimen, Perry. Y sé que usted me va a ayudar. Por eso le he puesto aquella cabeza ante las narices, para que se dé cuenta de la verdadera situación.

—Tengo la sensación de que esto es una pesadilla, cochino pesquisa. Me considero un hombre con experiencia, pero de esto no entiendo una palabra. ¿Dónde demonios apareció esa cabeza?

Panther susurró:

—Le invito a un *whisky*, teniente. Sé de un sitio donde puedo pagarlo a plazos.

Y avanzaron los dos hacia la salida del *parking*.

No se dieron cuenta de que unos ojos les seguían a todas partes. No llegaron a captar aquella extraña mirada que se deslizaba entre las sombras.

CAPÍTULO II

John Panter atravesó la calle y se deslizó con paso vacilante hacia la cabina telefónica situada en la confluencia con Taylor Street. Primero había sentido euforia, pero ahora le dolía la cabeza y no podía precisar muy bien a qué distancia tenía los objetos. Lanzando una maldición, tropezó con el cristal de la puerta cuando creía que aún le faltaba un paso para llegar a ella.

Consiguió discar el número de cierto cuartucho situado cerca de la estación central de autobuses casi debajo de la enorme estructura del Golden Gate. Desde allí le contestó la voz del teniente Perry, quien le saludó con toda la amabilidad del mundo, como era habitual en él.

—Dime, hijo de perra.

Johnny bisbiseó:

—¿Está solo?

El runruneo de la chica se oyó llegar por el cable, indicando que el teniente Perry no estaba solo. La chica decía:

—Ven, cariño, que me está entrando frío...

—¿Al menos es de confianza? —Gruñó Johnny.

—Claro que es de confianza, maldito seas... Es la sargento de oficinas Mollers.

Johnny chascó dos dedos.

—Bueno, teniente, he empezado a poner en práctica el plan que trazamos ayer ante dos vasos de *whisky*, pero recuerde bien esto: yo le ayudo y usted se olvida de vigilarme. Por lo tanto no se va a cumplir la orden de expulsión de la ciudad.

—*Okay*. Eso va a misa.

—Métase también en la mollera esto: sólo tres personas saben que esa cabeza salió despedida por la ventana, y esas tres personas

somos usted, yo y la señorita Evelyn Vance, es decir la hija del hombre que pidió mi expulsión de la ciudad. Ninguno de los tres nos vamos a ir de la lengua hasta que esté resuelto el caso. Lo que yo espero obtener con el posible éxito es que me permitan seguir viviendo en San Francisco, y lo que usted espera obtener es un ascenso. Hemos jugado desde el primer momento con las cartas boca arriba.

—Claro que sí, sucio pesquisa. Y, mientras tanto, la cabeza está en el refrigerador de mi casa. La sargento Mollers la ha visto y ha estado revolviendo todos los archivos para identificar al muerto.

—¿Con algún resultado?

—Sí, atraque ha sido difícil. La cabeza corresponde a un ingeniero soviético que entró hace años ilegalmente en el país. No teníamos idea de que se encontrara en Estados Unidos, y mucho menos viviendo en ese miserable hotel.

El detective introdujo otra moneda en la ranura y musitó:

—De acuerdo, teniente. Al menos es una base. Lo que necesito ahora es ver en qué circunstancias murió y por qué, para lo cual necesito encontrar el resto del cuerpo. Supongo que tiene usted el hotel vigilado.

—Sí. Dos de mis hombres lo controlan, aunque no saben por qué. Me he limitado a darles las instrucciones más indispensables. También conocen este teléfono, que es donde estarán concentradas todas las operaciones.

—Perfecto, Perry. Ahora sólo me falta alojarme como pensionista estable en ese hotel.

—No te será difícil, puesto que tienes la misma documentación que los otros a los que envía allí la Beneficencia Pública. Tu nombre es Richard Wash, y por el momento estás sin trabajo, porque te han despedido de todas partes por drogadicto. Pero fuiste en otro tiempo un apreciable pintor, y el municipio de San Francisco quiere darte una oportunidad. Oficialmente estarás allí sometido a una cierta vigilancia médica, y si eso no da resultado irás de cabeza a una clínica de desintoxicación. Supongo que tu papel lo conoces perfectamente.

—Claro que sí, Perry. Y supongo también que el médico que vendrá a visitarme de vez en cuando será un policía.

—¿Crees que soy un niño, pesquisa de mierda? ¡Claro que será

un policía! Estoy seguro de que en ese hotel pasa algo tan extraño que vale la pena investigar un corto tiempo por nuestra cuenta antes de la intervención oficial de la Brigada de Homicidios. Sólo así llegaremos al nudo del asunto, pero ni un solo detalle puede fallar porque yo me juego aún más que tú. ¿Te has inyectado la droga?

—Sí, Perry.

—¿También te has pinchado varias veces en los codos, para que cualquiera que te vea piense que estás podrido de mandanga?

—Naturalmente que sí. Y si yo no me conociera a mí mismo, pensaría que he estado mamando morfina desde que nació.

—La dosis que llevas dentro es la primera de tu vida, ¿verdad?

—Sí. Y espero que sea la última.

—No estés tan seguro. ¿Cómo te sientes?

—Mal. Las náuseas me llegan hasta las orejas.

—Perfecto. No disimules los síntomas, pero no pierdas tampoco la agilidad mental. Aunque el trabajo sea difícil, has de hacerlo. Y ahora cuelgo. La chica se aburre y está a punto de largarse.

Se oyó un chasquido.

Johnny ahogó una imprecación.

Como estaba previsto, fue arrastrando los pies hasta el hotel Stuart.

Y también como estaba previsto, encontró en la esquina al sargento Bucklam, de la Brigada de Costumbres, quien le tomó del brazo y le condujo al hotel. De ese modo, John Panter entró en él casi como un prisionero.

Nunca había estado allí dentro.

Tenía que haber hecho el amor con Evelyn, pero la extraña cabeza que saltaba desde el cielo lo cambió todo en fracciones de segundo. Ni Evelyn ni él habían llegado a entrar en aquel edificio, en aquel ambiente, en aquella atmósfera que parecía arrancada de las brumas de otro tiempo.

No se trataba sólo de la vejez del hotel, pues al fin y al cabo hay muchos hoteles viejos en Estados Unidos. Lo más extraño allí quizá era el silencio. En parte era porque allí entraban parejas a hacer el amor, y a las parejas que hacen el amor no les interesa el ruido; en parte era porque en el hotel vivían muchos viejos. Pero John Panter adivinó que existía *algo más*, y ese algo más no se sabía lo que era.

Lo único que pudo decir fue que le helaba la sangre.

Y, sin embargo, no hubo en la recepción nada de especial. Estaban acostumbrados a la llegada de tipos como Panter, de modo que los trámites fueron rápidos. El sargento entregó la documentación del nuevo huésped, exhibió una ficha en virtud de la cual la Beneficencia Pública se comprometía a pagar los gastos durante una semana, y asunto concluido. El falso Richard Wash entró allí.

Le dieron una habitación tranquila.

Era pequeña y tenía el aire de otra época, aparte de que los muebles resultaban incómodos, pero no llegaba hasta ella ni el menor ruido, como si el hotel estuviese vacío. Además tenía para John Panter el valor inapreciable de que daba a la pequeña plaza donde dos días antes de estuvo esperando Evelyn, de modo que le serviría para calcular muy bien el sitio desde el que pudo caer la cabeza.

El hombre que le había acompañado hasta allí tenía pinta de gorila. Daba la sensación de haber salido diez minutos antes de un *ring* de lucha libre.

Miró a Panter como se mira a un gusano, a pesar de que Panter también hubiera infundido respeto en un *ring*.

—Eh, compañero —le dijo.

Panter clavó en él unos ojos turbios, como si no acabara de entender. Emitió un sordo gruñido.

—Me llamo Luc —susurró el gorila—. No sé si sabes exactamente qué clase de sitio es este hotel.

John Panter musitó:

—Sí que lo sé. Es una mierda.

—Aparte de eso, es un sitio al que las parejas vienen a darse el pico. Incluso entran menores, lo cual constituye para el amo un magnífico negocio, porque entonces cobra por la habitación lo que le da la gana.

El falso Wash masculló:

—Yo no soy una menor.

—Eso está claro. Pero lo que quiero decirte es que aquí no has de enterarte de nada de lo que pasa. También la policía y el municipio hacen la vista gorda, a causa de que en el hotel cobran muy poco a la gente como tú, que está a temporadas. No sé si sabes

que esto es una especie de asilo que no parece un asilo.

—Me lo habían explicado —murmuró el detective, tendiéndose en la cama y mirando al techo, como si el gorila no le importara.

—Bueno, pues todo lo que te he dicho es por una sola cosa: nada de jaleos. Si molestas a los otros, lo vas a pasar mal. No olvides nunca que aquí no llegas a pagar ni la comida que tragas.

—Gracias por las advertencias —gruñó el falso Wash desde la cama—. Si alguien intenta violarme, ya te avisaré.

El gorila dijo en voz baja algo sobre la respetable madre del respetable huésped, e inmediatamente se largó.

Johnny cerró un momento los ojos.

Bueno, tenía que hacer un resumen de la situación. Las cosas marchaban para él de esta manera:

La orden de expulsión quedaba en suspenso gracias a Perry, quien lo daría momentáneamente por desaparecido. Por lo tanto, le convenía no moverse demasiado del hotel.

Evelyn, su novia, también lo daría por desaparecido y, de momento, permanecería quieta. Vance, el padre de Evelyn, removería cielos y tierra para encontrarlo y hacer que lo echaran, pero nadie lo encontraría.

Mientras tanto, Perry y él iban a jugar la carta de intentar desentrañar aquel asunto al margen de la investigación oficial. Para Perry, eso podía significar un ascenso, al margen de que al teniente de policía le gustaba el sabor de la aventura; para John Panter, podía significar su rehabilitación entre los detectives privados de la ciudad.

Pero para eso había que moverse en el hotel.

Y había que moverse bien.

Panter aguardó a que el cielo se oscureciera y entonces pasó a la acción. Sabía que lo primero que tenía que hacer era una cosa: encontrar el resto del cadáver cuya cabeza había saltado por los aires.

Se deslizó fuera de la habitación.

El pasillo era largo y penumbroso. Cada una de las puertas de pesada madera parecía la entrada de un panteón.

En todas partes imperaba el silencio.

Lo malo para Panter era que no sabía por dónde tenía que empezar a mirar, ya que su desconocimiento del lugar era absoluto.

Su instinto le decía que tenía que bajar a los sótanos, pero por el momento necesitaba conocer el terreno que pisaba.

Y asegurarse de que no había micros o cámaras de televisión ocultas. Todo era posible allí.

Hizo girar el pomo de la primera de las puertas.

Ésta no cedió. Estaba cerrada por dentro. Panter se agachó entonces y miró por el ojo de la cerradura.

No era una actitud muy limpia, pero tema que usar todas las armas. Y lo que vio le hizo enrojecer.

La tía estaba sensacional.

Y había que ver cómo se movía. Cómo lanzaba gemiditos breves. Como estaba haciendo la gran comedia con el tío gordo que la aplastaba.

Panter notó entonces que una mano rozaba su espalda.

Pensó en él gorila llamado Luc. Pensó que ya le habían atrapado y que eso iba a hundir todos sus planes. Se volvió mientras dudaba qué era mejor: si hacerse el idiota o mover los puños y enviarlo al infierno todo.

Pero no, no era Luc el que estaba allí. Se trataba de un tipo de media edad, con los ojos iluminados, las manos temblorosas y la boca entreabierta. El tipo estaba tan excitado que no podía ni andar. Balbució:

—Ese sitio es mío... No consentiré que me lo quiten. Ésa es la mejor habitación, donde entran las mujeres más ricas y más guapas... ¡no consentiré que me la quiten!

Por lo visto se trataba de un *voyeur*, un mirón que se pasaba las horas espiando. Una situación sin salida para un tío ya acabado, un desecho humano que aún vibraba viendo los movimientos de los otros. Lo más amargo para John Panter fue que lo reconoció. Aquel hombre había sido un conocido autor de Broadway, un comediógrafo de primera línea, cuyas obras tenían un gran ingenio y una gran penetración para llegar al fondo de los vicios de la sociedad. Ahora, en cambio, todo su cuerpo temblaba y toda su energía se concentraba tan sólo en el afán de espiar por aquel ojo de la cerradura que Panter le había «arrebataado». Pero Panter hizo un guiño y musitó mientras se apartaba:

—Perdone, hermano, tiene usted razón. Este sitio es suyo.

Y lo dejó libre.

La cabeza volvía a darle vueltas.

No entendía nada.

Pero el antiguo autor teatral ya no se ocupaba de él, de modo que siguió adelante. Empujó la puerta de la segunda de las habitaciones, y ésta sí que cedió.

John Panter sonrió entonces lentamente, a pesar de que muy pocas personas hubieran sonreído ante una situación como aquélla.

Porque pensó que ya había dado con lo que buscaba.

Porque dentro de la habitación había un ataúd cerrado.

Y el joven fue hacia él.

* * *

No le cabía duda de que dentro se encontraba el resto del cuerpo, o sea un cadáver al que le faltaría la cabeza. El truco que emplearían los del hotel para enterrar aquello «legalmente» lo ignoraba, pero estaba convencido de haber dado ya con el punto clave de la investigación.

Alzó la tapa bruscamente.

Y entonces vio al tipo.

No, no le faltaba la cabeza.

Era un muerto al que podría llamarse «normal», con su traje impecable, su expresión ausente del todo y sus manos cruzadas austeramente. El detalle un poco curioso era que llevaba gafas de cristales gruesos, cuando los muertos para maldita la cosa las necesitan, pero eso carecía de importancia para Johnny. Lanzó una maldición en voz baja al darse cuenta de que aquel descubrimiento no le servía para nada, y volvió a bajar la tapa del ataúd.

En la habitación no había nada más de interés. John Panter echó un ligero vistazo y luego se largó.

Lo hizo a tiempo.

Acababa de situarse a un lado del pasillo cuando Luc avanzó por el otro.

Mirándole hostilmente, gruñó:

—Eh, tú, Wash, aquí se come a horas fijas. Si imaginabas que iban a subirte los platos a la habitación, vas dado. La cena es en el primer piso, de modo que arreando.

John dijo dócilmente:

—Sí, hermano.

Y bajó encantado al primer piso. Eso le permitiría conocer algunos detalles de la estructura del hotel.

Pudo ver que la sala comedor destinada a los huéspedes «de caridad» era triste y grande. Los comensales iban pasando ante una mesa donde se les servían unas raciones bastante abundantes, pero con comida de escasa calidad. Luego elegían las mesas de acuerdo con sus preferencias, y por lo visto charlaban horas y horas — puesto que nada tenían que hacer— hasta que venían a echarlos poco menos que a golpes de manguera.

Panther ocupó una mesita pequeña en la que podría estar solo y además observar a los otros. Empezó a comer poco a poco, sin apetito, concentrando todas sus energías en observar los menores detalles.

Y entonces alguien musitó a su lado:

—Perdone, en esta mesa solía sentarme yo.

—No tiene demasiada importancia —dijo Panther rápidamente—. Me levantaré.

Y, en efecto, lo hizo, para encararse con el hombre que acababa de hablarle.

Fue entonces cuando John Panther sintió que se le helaba la sangre, empezando por los dedos de los pies.

Fue entonces cuando sus párpados temblaron.

Porque allí estaban las gruesas gafas que había aprendido a conocer bien. Porque allí estaba el cuerpo rígido. Porque allí estaba la cara del muerto.

CAPÍTULO III

El hombre a quien media hora antes había visto en el ataúd, le sonrió de una forma lejana y como si, en efecto, acabase de llegar de las profundidades de otro mundo.

—Tampoco tiene demasiada importancia —dijo con amabilidad—. He venido a molestarle y ni tengo ningún derecho a eso. Además, me doy cuenta de que no tengo apetito.

—No me ha molestado de ninguna manera; por favor, siéntese.

—No, no... Prefiero no cenar. Buenas noches.

—¿Se siente mal?

—Un poco mareado.

En efecto, a pesar de los gruesos cristales de las gafas, se notaba que las pupilas de aquel hombre estaban muy dilatadas, como si hubiese tomado alguna dosis de droga, pero de todos modos estaba claro que conservaba un perfecto conocimiento y un gran dominio de sí mismo.

—Le acompañaré —dijo Johnny.

—No, no hace falta.

—Por favor... Insisto. Yo voy a vivir un tiempo aquí, y supongo que usted y yo llegaremos a ser buenos amigos.

Le tomó de un brazo y le acompañó. Nadie se fijaba en ellos, como si todos los huéspedes estuvieran sumidos en sus propios pensamientos. Avanzaron como sombras hasta el ascensor.

El extraño compañero de Johnny no hablaba. La sorpresa del detective fue «*in crescendo*» cuando se dio cuenta de que se dirigían hacia la habitación del ataúd. La abrieron y pudo ver que, en efecto, la fúnebre caja aún ocupaba el centro de la pieza.

El hombre dijo:

—Gracias, amigo.

Y se metió en ella.

Cerró la tapa y desapareció.

Ni el propio conde Drácula lo hubiera hecho tan perfectamente.

Johnny quedó sin saliva en la boca.

Pero con voz que quería Ser inexpresiva, dijo:

—Buenas noches.

Y salió de allí.

La cabeza le daba vueltas.

* * *

Fue inútil intentar dormir, aunque lo procuró ya que necesitaba estar en forma al día siguiente. Notó por una parte que alguien vigilaba discretamente en el pasillo del hotel, ya que de vez en cuando se oían pasos, siempre de un mismo hombre. También entraban y salían parejas, algunas de las cuales reían estruendosamente. Pero, sobre todo, eran los propios pensamientos de John Panter los que no le dejaban conciliar el sueño.

No le cabía duda de que estaba en un hotel donde personas que habían sido notables en algún sentido acababan sus días tristemente, pero con mayor dignidad que en un asilo. Eso, al menos, fue lo que él creyó al principio. Ahora se daba cuenta de que, entre aquellas personas, había una buena proporción de locos, de drogados, de anormales, por lo cual quizá todo el núcleo de su investigación se venía abajo. Quizá el hombre cuya cabeza salió volando había sido simplemente un suicida.

Pero John Panter decidió seguir.

Todo aquello le obsesionaba.

A la mañana siguiente, estuvo atento a todos los movimientos del pasillo. Su finísimo oído le permitió captar que se producían algunos movimientos en la habitación del ataúd.

Abrió la puerta.

En efecto, el «cadáver» de las gruesas gafas salía.

Panter le siguió discretamente.

Esperaba que no le pusieran ningún problema para salir del hotel. Aquello, al fin y al cabo, no era una cárcel.

No le plantearon ninguna pega. Con la mayor tranquilidad, salió detrás del «muerto».

Éste tomó un taxi.

Panther tomó un taxi tras él.

Rodaron por las apacibles calles de San Francisco, bajo un sol maravilloso que hacía brillar las aguas de la bahía. Fueron al barrio marítimo, dejaron a la derecha la mole de Alcatraz y se colaron por una estrecha y vieja calle que marginaba los restaurantes y las zonas alegres del puerto. La calle consistía en una hilera de casas viejas, tranquilas, donde también el tiempo parecía haberse detenido. Sólo una casa era nueva y resultaba distinta de las otras, porque consistía en un bloque, de cemento con una sola entrada, dando la sensación de que se trataba de algo así como un «bunker».

El primer taxi se detuvo allí. Panther hizo que el suyo se detuviera también a cierta distancia, para no llamar la atención. Luego siguió a pie, puesto que el hombre de las gafas había entrado en la extraña casa.

John Panther tuvo entonces un estremecimiento, al ver el rótulo sobre la puerta. Otra vez se le heló la sangre, y sin embargo había de reconocer que todo aquello era perfectamente lógico, dentro de la espectral oscuridad en que se movían todos. Porque, ¿adónde va a ir un muerto, sino es a una funeraria?

Y, en efecto, aquello era lo que había en el edificio. La discreta placa anunciaba: «FUNERARIA TUCKER».

Johnny pasó, pero enseguida se dio cuenta de que aquélla no debía ser la entrada principal. Seguro que y la entrada principal se encontraba en la otra calle. Aquí había un oscuro pasillo con dos puertas y un par de ataúdes sin barnizar apoyados en las paredes. Al fondo, otra puerta de cristales esmerilados con una lucecita roja encendida encima, lo cual debía ser una señal de que no se podía ir más allá.

Pero John Panther fue más allá.

Hubiese ido en línea recta incluso al infierno.

Empujó la puerta de cristales esmerilados.

Un tipo alto y delgado apareció entonces en su campo visual.

Le cerró el paso mientras gruñía:

—Se ha equivocado, señor.

Johnny intentó sonreír.

—¿No es ésta la funeraria Tucker? —preguntó.

—Desde luego.

—Entonces no me he equivocado. Quisiera hablar con el dueño.

—El dueño no está, pero le atenderá una de las secretarias. Vaya por la puerta de la otra calle, rodeando el edificio.

—He estado antes allí y me han dicho que entrase por aquí —mintió el joven.

El tipo alto y delgado gruñó:

—De todos modos, váyase.

Y fue a empujarle. John Panter se dio cuenta de que estaba perdiendo con aquello un tiempo precioso.

Y decidió pasar a la acción. Por eso movió los dos puños casi a la vez, mientras flexionaba el cuerpo.

El tipo alto y delgado recibió los dos ganchos en la mandíbula y cayó como un fardo a sus pies. El KO resultó fulminante. Para asegurarse, Johnny le ató rápidamente las manos a la espalda y le puso un esparadrapo en la boca, empleando materiales que encontró en un pequeño botiquín del despacho. Se dio cuenta también de que su enemigo llevaba una pistola, pero por el momento no se la quitó.

Tras estas operaciones, avanzó hacia la puerta que había más al fondo. Le llamó la atención el hecho de que fuese una puerta muy bien acolchada, y por lo tanto a prueba de ruidos.

Pero el hombre de las gafas gruesas tenía que haber pasado por allí.

Johnny la abrió.

Y entonces pudo ver una extraña habitación.

Estaba toda pintada de blanco.

Había en ella dos hileras de tres bancos cada una. Todos los bancos aparecían vacíos ahora. El conjunto hubiese podido recordar una pequeña capilla, de no ser porque no se distinguía en ella el menor signo religioso. De ese modo podía servir para cualquier creencia, poniendo, por ejemplo, un crucifijo en la pared, y en su estado actual serviría para los que no tenían creencia alguna.

La pared del fondo era enteramente metálica. Las piezas ensambladas hubieran podido parecer las de un buque.

Pero todo eso fue lo que menos llamó la atención de John Panter. Lo que realmente le interesó fue ver que ya había dado de nuevo con su hombre, porque efectivamente el «muerto» estaba allí. Se introducía en ese momento en uno de los tres ataúdes colocados

en una especie de pequeña tarima, frente a la pared metálica.

Johnny arqueó una ceja.

—Menudo maniático... —pensó.

Era un loco, no cabía duda, pero al fin y al cabo un loco que no hacía daño a los otros ni se lo hacía a sí mismo.

Vio que cerraba la tapa.

Johnny suspiró tranquilamente.

En fin, habría que esperar.

Y entonces oyó un leve crujido.

No entendió al principio lo que pasaba.

Tardó unos largos segundos en darse cuenta de que, bajo el ataúd ocupado, o sea el que pesaba más que los otros, unos resortes invisibles se habían puesto en movimiento a causa de la presión. Y esos resortes separaban el ataúd de los otros y lo empujaban hacia adelante.

Hacia la pared metálica.

¿Qué había allí?

Bueno, lo cierto era que no parecía haber nada. Simplemente, el ataúd cambiaba de sitio en aquella casa donde todo debía estar mecanizado.

Eso pensó al principio.

Y, de repente, los ojos de Panter se desencajaron.

De su garganta escapó un corto grito.

Sin acabar de creerlo, pudo ver que una parte de la pared metálica del fondo se estaba abriendo silenciosamente.

Quedaba tan sólo el espacio justo para que pasara el ataúd.

Y más allá se veía... ¡el infierno!

Johnny intentó saltar hacia adelante.

De su garganta escapó un grito.

Todos sus músculos se crisparon mientras se daba cuenta de que la abertura que acababa de formarse en la pared metálica era... ¡la entrada del homo crematorio!

¡El hombre que estaba dentro del ataúd iba a ser reducido a cenizas! Más angustioso aún. Iba a ser... ¡quemado vivo!

¿Pero era posible que no se diese cuenta?

¿No notaba que el ataúd se movía? ¿No llegaba hasta él la proximidad insoportable del calor? ¿POR QUE NO ALZABA LA TAPA?

¿Por qué no trataba de escapar? ¿Qué ocurría?

Mientras todos estos pensamientos golpeaban como martillazos en el cerebro de John Panter, éste intentó hacer algo para salvar al loco que estaba dentro de la caja. Dio hacia allí un auténtico salto de puma.

Pero sólo pudo sujetar un extremo del ataúd, porque el otro lado de éste ya había entrado por el trágico orificio. Panter tiró con todas sus fuerzas, con toda su alma y... ¡fue arrastrado! ¡Los mecanismos tenían una fuerza implacable! ¡Iban a arrastrarle también a él hasta el fondo del horno crematorio!

Sólo se soltó en la última fracción de segundo, cuando materialmente se estaba abrasando ya. Rodó entonces por la plataforma metálica mientras con ojos desencajados veía desaparecer el ataúd en el infierno.

Los engranajes metálicos funcionaron de nuevo. La abertura en la pared se cerró.

Todo volvió a recobrar el aspecto tranquilo y apacible, como de capilla vacía, que tenía al principio.

John Panter sintió que su frente estaba bañada en sudor. Sus nervios parecían a punto de estallar. Necesitó respirar hondamente varias veces para ir recuperando el equilibrio poco a poco.

Comprendió que se encontraba en la pequeña capilla donde los muertos que habían optado por la cremación eran despedidos por sus familiares. Un mecanismo de presión, movido por el propio peso del cadáver, hacía que el ataúd fuese conducido automáticamente hasta la entrada del horno crematorio. Seguro que docenas de funerarias en Estados Unidos contaban con instalaciones semejantes.

Hasta este punto, la situación podía considerarse en cierto modo normal. ¿Pero por qué aquel hombre había optado por un suicidio tan espantoso? ¿Qué pasaba?

Porque a John Panter no le cabía duda de que el hombre de las gafas gruesas había hecho todo aquello por su propia voluntad.

Arrastrando los pies, salió de allí.

Comprendía que le faltaban pruebas para acusar de un delito a los dueños de aquella funeraria.

Por otra parte, estaba también atado de pies y manos en ese sentido. No podía comparecer ante la policía cuando ésta le buscaba para expulsarle de la ciudad.

Por lo tanto volvió a la calle.

Y se sintió dominado como nunca por la náusea del horror. Por la sensación de que, en el centro del San Francisco más ultramoderno, acababa de encontrar las puertas que llevaban al Más Allá.

Y esas puertas estaban abiertas de par en par.

CAPÍTULO IV

Esta vez era el gorila Luc el que se encontraba en el puesto del conserje. Contempló al joven de una manera ominosa, con los ojos entornados, mientras preguntaba:

—¿Qué? ¿De paseo?

Todo volvía a tener allí aquella atmósfera irreal, aquel aire poblado de fantasmas. Unos cuantos viejos jugaban a las cartas en la sala del fondo, mientras otros se entretenían en una interminable partida de ajedrez. El silencio flotaba como una losa. Nada sugería allí la idea de una cadena de crímenes, pero quizá por eso mismo tenía Panter la sensación de que se estaba volviendo loco.

—Sí, he estado de paseo —dijo—. Oigan... ¿Vuelven todos los clientes?

—¿Qué quieres decir?

Que si alguno se larga de este hotel y lo envía todo a tomar viento.

—Puede que haya alguno que no vuelva —dijo Luc—, pero nosotros no los controlamos. Si no vuelve, peor para él.

—¿No se da parte a la policía?

—¿Para qué? ¿Es que esto es una cárcel?

—Tiene razón —dijo Panter sumisamente—. Gracias.

Y subió de nuevo a su habitación, mientras pensaba que tenía que hacer algo para salir de aquella situación macabra. Planeó ir registrando de momento las habitaciones una por una, hasta dar con alguna solución.

En su habitación fumó dos cigarrillos seguidos mientras paseaba como una fiera enjaulada, tratando de ordenar sus pensamientos. Su plan era no iniciar los registros hasta la noche, pero al fin, en vista del silencio que rodeaba aquel piso, decidió aprovechar el tiempo y

pasar a la acción.

Fue a la habitación del ataúd, es decir a la habitación del muerto.

La abrió y, de pronto, tuvo una sorpresa.

Estaba completamente cambiada.

Ya no había ni rastro de un ataúd. Una cama muy confortable ocupaba el lugar preferente de la pieza, como corresponde a un dormitorio normal. Las alfombras y cortinas tampoco eran las mismas. La consola sí que la recordaba, pero dos butaquitas situadas junto a la ventana también eran nuevas.

Daba la sensación de que acababa de entrar en un lugar completamente distinto. De no ser porque Panter recordaba todos los detalles, hubiera pensado que sufría una alucinación.

Fue a mirar por la ventana.

¿Podía haber caído la cabeza desde allí?

Vio la plaza tranquila, los árboles, el banco... Y, de pronto, todo su cuerpo se puso tenso. De una forma maquinal, se medio ocultó tras las cortinas mientras notaba que alguien más entraba en la habitación.

Al principio no pudo ver bien quién era, porque la posición de su cuerpo se lo impedía. Pero un leve canturreo le indicó que se trataba de una mujer.

¡Y qué mujer!

La vio al girar la cabeza.

Ella había entrado sin darse cuenta de que en la habitación había alguien, y de una manera maquinal se desnudaba. Llevaba una chaqueta de ante con cuello de zorro que se quitó en un instante. Luego voló la falda marrón que ceñía sus esculturales caderas. Antes de que John Panter pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo realmente, ella ya andaba hacia el otro lado de la pieza sin más prendas que una blusa, unas braguitas, unas medias colgando del ligero y unas elegantes botas de piel marrón, muy altas y esbeltas, con atrevido tacón, parecidas a botas de montar.

Era una mujer fabulosa.

A John Panter se le secó la boca al verla.

E inmediatamente se olvidó de la muerte. Las mujeres tienen eso. Hacen que uno se olvide de todas las cosas malditas y condenadas que hay en este mundo.

De pronto ella le vio. Al volverse, sus ojos se encontraron con los de John Panter.

Quizá otra hubiese lanzado un grito, pero ella se limitó a mirarle fijamente. Sin tratar de ocultar nada de su fantástico cuerpo, musitó:

—¿Quién es usted?

El detective decidió no jugar allí un papel pasivo, sino todo lo contrario. Por eso preguntó:

—¿Y usted?

—Yo me llamo Cecile.

—¿Puedo saber qué hace aquí?

—¿Y es usted quién lo pregunta? ¿Acaso es suya esta habitación? —murmuró ella con un leve gesto despectivo.

—Esta mañana era de un amigo mío —dijo Panter.

—Me extraña, porque de una forma habitual la tengo alquilada yo —declaró Cecile—. Siempre me dan la misma.

—¿Y para qué se la dan? ¿Para qué quiere esta habitación?

Ella se encogió de hombros.

—¿Está claro, no? Para amar —dijo.

A Panter se le acabó de secar la boca.

—¿Amar a un hombre? —balbució, como si sus pensamientos se hubiesen paralizado.

—Claro que sí: a un hombre. Todavía no me gustan las mujeres —explicó Cecile con la mayor tranquilidad—, aunque no sé si con el tiempo llegaré a eso.

—O sea, que tienes un lío en este hotel —murmuró Panter, reaccionando.

—Muchas parejas tienen un lío en este hotel. Pero casi siempre llegó yo antes que mi amiguito, le espero y... ¡zas! Luego lo pasamos en grande.

Hablaba con la mayor naturalidad, casi con la mayor desvergüenza, como si la presencia de otro hombre allí no le causase el menor apuro. Y eso excitaba a John Panter, eso le hacía tener la sensación de una ocasión única e irrepetible, eso le hacía darse cuenta de que llevaba años sin ver una mujer así.

—¿Y esta vez se ha retrasado el pájaro? —preguntó.

—Sí. Aún no ha venido.

—No lo entiendo. Hacer esperar a una mujer así...

Se estaba olvidando de Evelyn, se estaba olvidando de todo. La presencia obsesionante de aquella hembra le fascinaba.

Era como si algo fallase en él. Como si cada vez se sintiera menos dueño de sí mismo.

Cecile musitó:

—¿Vives aquí?

—Si.

—Es extraño. Aquí sólo acostumbra a haber viejos o personas taradas y en cambio tú tienes una magnífica planta.

—No hagas caso, yo no soy como los otros —susurró Panter, mintiendo a medias—. Me he alojado en este hotel por pura casualidad.

—Bueno, pues lárgate. Yo el amor lo hago en privado, ¿entiendes? Me muevo a base de bien, pero no me gusta que me miren.

«Me muevo a base de bien...». Todas aquellas palabras obsesionaban a John Panter de tal modo que llegaba a olvidarse de su propio nombre. Sólo le importaba la belleza fascinante de la hembra.

Ella chascó los dedos.

—Bueno, ¿qué? ¿Te vas o no?

Y se acercó un poco más. Andaba sobre sus altísimos tacones como una diosa. A cada movimiento, los blancos y sólidos muslos acentuaban más y más su tentadora belleza.

—El pájaro puede tardar —susurró Panter.

—Tal vez.

—O no venir...

—Tal vez.

John Panter tendió un brazo.

Sereno, tranquilo. Quizá demasiado sereno y tranquilo para la excitación que sentía. Sujetó a la mujer por la larga melena.

Cecile no protestó.

—¿Qué vas a hacer? —se limitó a preguntar.

Panter empujó aquella cabeza hacia adelante.

Buscó los labios entreabiertos.

Cecile dijo solamente:

—Eres un bastardo.

Pero se dejó besar. Dejó que las manos duras del joven

recorrieran su cuerpo. Permitió que las braguitas fuesen desgarradas de un solo tirón.

Luego dijo con voz pastosa:

—Me gustas más que el otro.

Y se dejó empujar hacia la cama.

Se dejó arrastrar hacia aquel olvido donde ya no existía la muerte, donde sólo existía la pasión de cada segundo. Aunque Panter no estaba bien seguro de si era él quien arrastraba o si le arrastraban a él. Pero eso poco importaba porque había conseguido lo principal: librarse de la presencia obsesionante de la muerte. Librarse de los malditos pensamientos que le habían hecho creer que estaba en el infierno.

* * *

La mujer ya se había ido, el silencio ya le envolvía, todo en torno suyo volvía a estar envuelto en una extraña sensación de irrealidad.

John Panter miró su reloj.

Había caído ya la tarde. El tiempo desapareció mientras él estaba con Cecile, y ahora volvía muy poco a poco a recobrar el sentido de la realidad. Como si se tratara de una cosa sucedida mucho tiempo antes, los recuerdos volvían a él.

Ante todo, la belleza de Cecile.

Sus líneas fastuosas.

Sus ropas excitantes.

Su pasión de loba en celo.

Había sido uno de los momentos más importantes de la vida de John Panter, pues si bien nos fijamos, nuestra vida consiste solamente en unos cuantos momentos imposibles de olvidar. Lo demás es rutina y niebla. Pero, sin embargo, aún no comprendía muy bien lo que le había pasado.

Le dolía haber engañado a Evelyn, pero no era eso lo que más le turbaba. Lo inquietante de verdad era que tenía la sensación de no haber sido dueño de sus deseos, y de que aunque Cecile no hubiera sido tan hermosa como era, él hubiese sentido igualmente la irrefrenable tentación de acostarse con cualquier mujer.

¿Qué diablos pasaba allí?

¿Por qué le parecía como si su voluntad fuese otra?

Poco a poco se levantó y miró a través de la ventana. Sobre San Francisco empezaban a caer las sombras, pero aún se insinuaba esa dulce luz que casi siempre invade la ciudad. Las hojas de los árboles de la plaza se movían rumorosas, y el banco sobre el que casi cayó la cabeza estaba a poca distancia. El detective intentó calcular si la macabra pieza había salido disparada desde aquella misma ventana, pero al fin llegó a la conclusión de que no. Seguramente había sido desde una ventana situada tres habitaciones más allá. Tendría que verlo.

Se dirigió al pasillo y vio que todo estaba vacío.

Bien.

En esto la suerte le acompañaba.

Calculó las habitaciones y abrió la puerta. También la suerte le acompañó aquí. La hoja de madera cedió lentamente.

Y entonces él vio al hombre sobre la cama. Estaba desnudo. Las manos crispadas sobre la garganta llegaban a tapar parte del rostro, donde había quedado petrificada una amarga mueca.

John Panter cerró la puerta a su espalda lentamente.

Y entonces una voz femenina dijo como en un soplo:

—Está muerto.

CAPÍTULO V

John Panter se volvió con la lentitud de un hombre hipnotizado. Nuevamente le dominaba la sensación de que algo fallaba en su cerebro y de que estaba siendo dominado por otros. Pero recobró la sensación de la realidad al ver a aquella mujer completamente desnuda, joven, sin más cosa que la cubriera que la larga melena que le llegaba hasta los pechos.

Estaba pálida. Sus ojos extraviados reflejaban un confuso miedo.

El detective no contestó.

Sus pensamientos volvían a ser un volcán mientras se acercaba como un autómatas hacia el muerto.

Porque ahora se daba cuenta de que le conocía. En vida fue un famoso predicador, y durante su juventud tuvo fama en todo el país, aunque últimamente la salud le hubiese fallado, haciendo eso que llegase a caer en el olvido. Pero en los años buenos hablaba por todas las emisoras de radio y de televisión y sus palabras llegaban a los últimos rincones del país, condenando el pecado. Ningún predicador había sido tan duro como él con los excesos de la carne.

Porque Hubert —ése era su nombre— había sido el gran defensor de la castidad y el gran enemigo de la lujuria. Había dicho mil veces que en ningún caso estaba justificado el pecado carnal. Había llegado a decir que las mujeres no hubiesen debido existir porque eran la encarnación del diablo.

¿Y ahora qué?

¿Qué hacía en aquella cama?

¿Y en una habitación donde estaba con la sola compañía de una mujer desnuda?

La mujer desnuda había de confundir a Panter con uno de los empleados del hotel, porque susurró:

—Yo no sabía que esto iba a pasar. Yo no he tenido ninguna culpa. Otros hombres de esa edad lo hacen como si tal cosa.

—¿Hacer qué?

—El amor, naturalmente.

—¿Qué ha pasado en realidad?

Ella pareció desconcertarse un momento, pero al fin susurró:

—¿Y qué va a pasar? Que después de hacerlo una vez, ha querido hacerlo otra, y entonces se ha quedado tieso.

Panther cerró un momento los ojos. ¿Un predicador como él? El detective tenía motivos para pensar que Hubert no fue durante su vida ningún falsario, y que realmente creía lo que decía. Entonces, ¿cómo era posible que?

—¿Tú quién eres? —preguntó a la mujer.

—Eso está claro.

—¿Qué es lo que está claro, nena?

—Soy una prostituta. Trabajo en la zona de Ellis Street y en los bares «top less» que hay algo más abajo. Me han contratado pagándome una buena suma por estar toda la tarde con un hombre.

—¿O sea que ese tipo que está muerto no te contrató?

—No.

—¿Pues quién?

—Me habéis contratado en el hotel, carajo.

El detective apretó los labios mientras gruñía:

—¿Quién?

—¿Es que tú no eres del hotel?

—Sí, pero dime quién.

—Luc, pero me ha dicho que hablaba en nombre de un jefe.

—¿Sin darte su nombre?

—¿Eso qué me importa? Todo el mundo sabe que aquí se viene a chingar de lo lindo. Si tenían un cliente para mí en este hotel, no había motivo para extrañarse. Yo venía, trabajaba, cobraba y en paz. Lo he hecho otras veces.

—¿Y él sabía que eras una prostituta?

—Claro que lo sabía. ¿Quién iba a meterse en la cama con un viejo, sin haberle visto nunca antes, a no ser una prostituta?

—Tienes razón —susurró el joven—. Perdona por tantas preguntas. Hala, vístete.

—Vístete, vístete... ¿y quién me paga?

—¿Cuánto te habían prometido? —preguntó Panter.

—Sesenta del ala.

—No es mucho. Toma.

Y pagó de su bolsillo. El teniente le había entregado unos fondos para ir tirando, de modo que por ese lado no había problema.

Ella recogió el dinero y musitó:

—No me vayáis a meter en ningún lío, ¿eh? Cuando le hagan la autopsia ya verán que ha muerto por un fallo cardíaco, pero no hace cochina falta decir que estaba en la cama con una mujer. Si a mí me nombráis o me metéis en un lío, te juro que yo también os meto en un lío a todos los maricas del hotel. Estás avisado.

Panter cabeceó mientras decía:

—Bien.

Y salió de la habitación. Quería dejar a la muchacha tranquila para que se vistiese y se acabara largando.

Avanzó por el pasillo.

Quería hablar con el dueño del hotel. Nadie podía impedirle que lo hiciera. Y entonces aclararía muchas cosas.

Todo estaba vacío y tranquilo como antes. Había momentos en que se tenía la extraña sensación de que en aquel edificio no vivía nadie.

John Panter fue a avanzar hacia las escaleras.

Y entonces se apagaron de golpe todas las luces. Entonces quedó sumido de pronto en el más infecto muro de tinieblas.

* * *

Aquello ocurrió justo cuando estaba junto a los conmutadores de la luz, situados al lado de la escalera, de modo que el gesto natural de Panter, como el de cualquiera, hubiese sido llevar la mano hacia ellos y comprobar si la luz volvía a funcionar. En realidad, inició incluso el gesto.

Pero de pronto se detuvo.

Por su pensamiento pasó la idea de que quizá querían que precisamente se acercase allí, para conocer en la oscuridad su situación exacta. Y en aquella oscuridad macabra cualquier cosa podía suceder.

Por eso no se movió. Pero los que se movieron fueron sus

pensamientos, que otra vez hervían como un volcán.

Sacándose el cinturón, acercó al conmutador la hebilla mientras sus dedos sujetaban únicamente el cuero.

La descarga se transmitió muy mitigada, pero aun así la notó. El chispazo fue brutal. La descarga de aquel conmutador llegó a comerse parte del metal de la hebilla, del mismo modo que se hubiera comido la vida de un hombre.

La trampa estaba allí. Alguien contaba con que John Panter se convirtiese en un cadáver con sólo extender un dedo.

Sus pensamientos volaron otra vez.

Instantáneamente lanzó un gemido y cayó al suelo.

Quería dar a todos la sensación de que estaba muerto.

Algunas puertas se abrieron. Voces excitadas preguntaron qué demonios estaba ocurriendo allí.

—Calma, calma... No ocurre nada. Lo de la luz enseguida se soluciona —dijo una voz—. Ha sido un cortocircuito.

Panter reconoció aquella voz. Era la de Luc.

Oyó unos pasos que se acercaban.

Cuatro manos le sujetaron en la oscuridad. Por lo tanto dos hombres. Nadie más que ellos podían saber que estaba allí, ya que desde las puertas no se veía nada a causa de las espesas tinieblas.

—Arriba con él...

—Cuidado...

—¿Qué habitación?

—La que tienes a dos pasos a la izquierda.

Las voces eran apenas levísimos jadeos que solamente Panter podía oír. Para dar la sensación de que estaba muerto, se desmadejó por completo y se dejó llevar hasta aquella puerta.

Iba a tener ahora una magnífica oportunidad.

Notó que abrían.

Y apenas la puerta se hubo cerrado a su espalda cuando notó que la luz volvía de repente. La claridad castigó sus pupilas, pero él hizo un terrible esfuerzo para no mover los párpados.

Sin embargo vio que estaba en una especie de despacho.

Dos hombres lo arrojaron al suelo.

Panter cayó como un fardo, porque estaba dispuesto a fingir hasta el final. Pero algo debió de fallar en su postura, porque Luc notó lo que ocurría. Mientras daba un leve gesto hacia atrás

barbotó:

—¡Cuidado! ¡Aún vive!

El leve salto atrás lo había dado para tomar más impulso. Disparó su pierna derecha contra la cabeza de Panter.

Pero éste no se había estado quieto. Las cosas habían fallado en parte y ahora se jugaba la piel, de modo que actuó con la velocidad de un reptil. El pie de Luc no llegó a la cabeza del detective, sino que pareció ser sujetado de pronto por un doble cepo de acero.

Luc lanzó un gruñido.

Se dio cuenta confusamente de que su pie estaba entre las manos de John Panter. Pero, una fracción de segundo después, su pierna derecha era alzada brutalmente y eso le obligaba a dar una vuelta de campana.

Chocó de espaldas contra la pared.

Sus ojos se desorbitaron.

Con voz ronca ordenó:

—¡Dispara, Pat!

Por lo visto, ya sobraban los disimulos. Habían querido fabricar un «accidente» que quitase de en medio a John Panter, pero ahora iban ya en línea recta y a tiro limpio. De la funda axilar de Pat, que era el otro individuo, salió una

P-38

con un corto silenciador acoplado.

Nadie se enteraría, más allá de la puerta, de que Johnny Panter iba a reventar. Y luego, sin duda, harían desaparecer su cadáver en el horno crematorio de la funeraria.

Eso fue lo que hizo que el detective se viese dominado por una sorda desesperación. Sabía que iba a morir y que sus posibilidades eran mínimas. Sabía que iba a perderse hasta el rastro de sus huesos.

Y, por lo tanto, se lo jugó todo a una carta.

Se lanzó en plancha contra el estómago de Pat.

Embistió contra él como un bisonte.

La bala disparada por la

P-38

le pasó rozando la cabeza, para ir a empotrarse al fin en una de las viejas butacas. Pero Pat recibió el impacto de lleno y quedó medio clavado en la pared, mientras su estómago se encogía como si fuera

a expulsar la primera papilla que tragó.

Panther no le dejó tiempo para reaccionar.

Todo dependía de un movimiento, de un gesto.

Sujetó la mano armada con la pistola.

Y tiró de ella mientras arqueaba la espalda, enviando instantáneamente al enemigo por los aires, al hacerlo saltar por encima suyo. Pat cayó materialmente a los pies de Luc, que estaba sacando a su vez una pistola.

Sonó otro disparo.

Un cristal de la ventana se hizo añicos. Al instante, Panther dio un puntapié a la butaca que tenía más cerca.

La proyectó contra Luc.

Luc vaciló mientras braceaba, intentando conservar el equilibrio. Y ése fue el momento que aprovechó Panther para propinarle un alucinante gancho a la mandíbula, enviándolo contra la mesa del despacho.

Pat había reaccionado.

Aunque todavía se sujetaba el estómago con la mano izquierda, disparó con la derecha dos veces, sin apuntar, pensando solo en levantar frente a él una cortina de plomo que le protegiera. Y, de pronto, todo empezó a dar vueltas en torno suyo, mientras le parecía que sus pies giraban sobre el pavimento.

El pesado pie de bronce de una lámpara se había estrellado contra su cráneo. La sangre le dejó ciego durante unos instantes.

Y entonces unos potentes brazos le levantaron.

Tenían la fuerza de una grúa.

Oyó confusamente el raído de los cristales de la ventana, sin darse cuenta de que los había roto con el impacto de su cuerpo.

Y lanzó un sordo grito mientras daba vueltas en el aire.

Ni siquiera llegó a comprender que aquello era una caída mortal sobre la plaza solitaria. Con un «CHAAASK» siniestro, su cuerpo se estrelló junto al banco y el cerebro se le partió en pedazos.

Pero arriba aún quedaba Luc.

Éste intentó recuperar el equilibrio, pues había patinado sobre la mesa. Sujetando febrilmente la pistola con las dos manos, fue a disparar.

Pero no llegó a tiempo, porque Panther había empujado la mesa con todas sus fuerzas, para aplastar a su enemigo contra la pared.

En efecto, Luc salió proyectado contra ésta como un fardo. Pero en aquella pared estaba la segunda ventana de la habitación, ya en parte rota a causa de las balas.

Y el cuerpo de Luc destrozó los cristales que quedaban, saliendo despedido al vacío. También él dio una trágica vuelta de campana en el aire mientras giraba ante sus ojos la plaza solitaria.

Su cuerpo se estrelló casi junto al de Pat. Los dos quedaron inmóviles sobre un charco de sangre que se iba extendiendo progresivamente.

Un centenar de yardas más allá rugía el tráfico de Markett Street, pero en la pequeña plaza no había nadie.

John Panter los miró desde arriba mientras sentía una especie de náusea. Poco a poco, como un autómata, fue hacia el teléfono y disco el número de la habitación donde sabía que encontraría al teniente Perry.

Nadie le contestó.

CAPÍTULO VI

Era extraño, porque habían acordado con Perry que él estaría en todo momento a la escucha, o al menos dejaría en la habitación una persona de confianza. Pero cuando ya iba a colgar, oyó al otro lado del hilo la voz del teniente.

—¿Eres tú, sucio pesquiza? Había salido un momento a buscar unas provisiones. ¿Qué es lo que pasa?

—Pasan muchas cosas, Perry, y la verdad es que sólo dispongo de unos momentos antes de que aquí se arme la de Dios es Cristo. Las sospechas de que aquí está ocurriendo algo extraordinario se han visto confirmadas, pero aún no puedo dar con la explicación. De todos modos, lo más urgente ahora es otra cosa.

—¿Qué?

—Han intentado matarme.

—Ésa es una de las cosas más razonables que he oído en mi vida, Panter. Me parece muy bien que te maten, y que encima se ocupe de eso el Servicio Municipal de Desinfección.

—Menos bromas, teniente. Aquí hay gente decidida a todo, y su audacia indica que alguien les protege. Alguien que está muy arriba, quiero decir. Dos gorilas han tratado de trincarme, lo cual indica que estoy en el buen camino.

—¿Y qué ha pasado con los dos gorilas?

—Están muertos, Perry.

Se produjo un silencio al otro lado del cable. Evidentemente, el oficial de la bofia estaba tratando de evaluar la inesperada situación.

—¿Puedes ocultar los cadáveres, sucio pesquiza? —preguntó al fin.

—¿Qué puñeta voy a poder ocultar? Los dos han saltado por la

ventana y están en la calle.

Hubo un silbido. Luego el teniente musitó:

—No sé si voy a poder echar tierra al asunto cuando mis compañeros de la policía intervengan, Panter. ¿Te ha visto alguien?

—No.

—Entonces intentaré que la cosa pase por un accidente o quizá un doble suicidio. Puedo decir que yo estaba allí casualmente y que he sido testigo, de modo que al principio me creerán. Eso nos permitirá ganar quizá un día entero, pero luego las cosas pueden embrollarse de tal modo que ya no las podremos dirigir.

—¿Y qué crees que estoy pensando, Perry?

—Ven a verme y trazaremos un pían. Hay detalles que no me los puedes explicar por teléfono.

—*Okay*, Perry. Al mismo tiempo me conviene salir de aquí, porque es mejor que no me encuentren en el lugar de las muertes.

Y colgó.

Tenía que darse prisa. Dentro de unos minutos, como máximo, alguien descubriría los cadáveres abajo.

Salió de la habitación aparentando la mayor tranquilidad del mundo. Algunas personas estaban en el pasillo, comentando el apagón, pero nadie tenía idea de lo que había sucedido realmente. Panter pasó por entre los grupos y descendió por las escaleras al piso inferior. Pensaba llegar así hasta la calle y pasar desapercibido.

Pero al llegar a la otra planta fue cuando le pareció verla.

Cuando de pronto volvió a olvidarse de la muerte y sólo tuvo ojos para aquella fantástica mujer.

Para las caderas curvilíneas de Cecile.

Para las piernas largas y torneadas de Cecile.

Para la popa de Cecile que al andar se movía sinuosamente.

* * *

No hubiese podido jurar que era ella porque la tenía de espaldas, pero hay detalles de «anatomía» que uno no olvida fácilmente. Y aquellas curvas tan fascinantes tenían que ser las de la propia Cecile o tenían que ser las de la esposa del diablo. Porque no hay duda de que el diablo tiene buen gusto.

La hembra desapareció tras una de las puertas, en el pasillo

solitario.

Y John Panter ya no pensó en nada más. Tenía que averiguar qué era lo que hacía Cecile allí. Por un momento llegó a olvidarse incluso de que Perry le estaba esperando.

También empujó la puerta.

Y vio a la fascinante mujer.

Pero alguien la estaba besando. Alguien hurgaba en su tentadora piel.

Y Cecile reía satisfecha.

Panter sintió una especie de pinchazo amargo, pero no fue eso lo que de verdad le importó. Fue el hecho de ver que el hombre que acariciaba a Cecile era el que lo había maquinado todo para que a él le echaran de la ciudad. Era además el poderoso padre de Evelyn. Era... ¡era Vance!

* * *

Por un momento, el joven detective quedó confuso, no sabiendo qué actitud adoptar. Durante unos segundos que se le hicieron interminables, se paralizaron sus pensamientos.

Le quemaba el deseo de partirle la boca a Vance, pero eso podía echarlo todo a rodar. No convenía de ningún modo que Vance supiese que aún continuaba en San Francisco. Si aquel maldito llegaba a enterarse de su paradero, enviaría a toda la policía tras él, y entonces su plan y el de Perry se iría al diablo.

Por suerte, ni Cecile ni él se dieron cuenta de que había un intruso en la habitación. Los dos cayeron sobre la cama mientras Vance susurraba:

—Nena...

El pinchazo amargo se reprodujo en las entrañas de John Panter. Pero dominó su impulso de romperle la boca a Vance y salió silenciosamente de allí, mientras en la habitación sonaba el chasquido de los besos.

Cuando se encontró de nuevo en el pasillo, John Panter tenía la boca torcida, pero no se daba cuenta. Se dirigió hacia las escaleras y logró salir del hotel, ante cuya puerta se agolpaban ya algunas personas.

Los dos cuerpos acababan de ser descubiertos. Seguro que

alguien llamaría a la policía de un momento a otro. Panter se evaporó.

Tomó un taxi y se hizo conducir a la habitación alquilada por Perry, y que iba a servir como improvisado cuartel general de la operación. Con el llavín que el propio teniente le había facilitado cuando se pusieron de acuerdo, se franqueó la entrada.

Todo eran tinieblas en torno suyo.

Parecía no haber nadie allí.

Era extraño, porque Perry le había dicho que le estaba esperando, y además la situación era urgente. Por eso el detective le llamó:

—¡Eh, Perry, salga de una vez!

Silencio.

Parecía como si en aquella casa jamás hubiese vivido nadie.

Panter hizo uso de su encendedor para encontrar el conmutador de la luz, pero en el aparato apenas quedaba gas. La llamita se extinguió enseguida.

De todos modos, había visto ya la clavija. La hizo funcionar y no sirvió de nada. La electricidad estaba cortada allí.

La sensación de peligro se posó en la espalda de Panter como una mano fría, pero ya no podía retroceder. Desarmado cómo iba, siguió hacia adelante, hacia la habitación que había más allá del pasillo.

Una turbia claridad se insinuaba por la ventana, pero sin permitirle ver más que los bordes de algunos objetos. Algunos de esos bordes correspondían a una mesa sobre la cual, seguramente, estaría el teléfono.

El detective tenía en la cabeza un número de emergencia para el caso de que Perry no estuviese allí. Fue a buscar el aparato y marcarlo.

Sus manos palparon la mesa.

Pero no encontró el teléfono. Por el contrario, sus dedos palparon algo que aún estaba tibio.

Sangre...

Y algo que aún estaba abierto.

Unos ojos humanos...

Y algo recién cortado.

El cuello de un hombre...

Un estremecimiento brutal recorrió todo el cuerpo de John Panter, a pesar de que era uno de los hombres con los nervios más fríos de toda la ciudad. Porque se dio cuenta de aquella realidad que unos segundos antes le hubiese parecido inconcebible.

¡A Perry acababan de degollarlo!

¡Y su cabeza estaba allí, sobre la mesa!

¡ALLI!

En aquel momento las luces, a espaldas de John Panter, se encendieron bruscamente.

CAPÍTULO VII

Una voz metálica dijo:

—Más vale que te vuelvas con los brazos en alto, hijo de perra.

John Panter no se dio prisa en volverse, ya que estaba como hipnotizado por el macabro e increíble espectáculo. El cuerpo de Perry, ya sin cabeza, bañado en sangre, continuaba sentado en el sillón, frente a la mesa en la que efectivamente se encontraba el teléfono.

La cabeza, en cambio, aparecía sobre la superficie de la mesa. Aún tenía los ojos abiertos y la boca torcida en una indefinible, en una indescifrable, en una macabra mueca de dolor.

Panter no recordaba haber visto nada parecido. Le faltaba el aliento. Eso hizo que se volviera poco a poco mientras la voz repetía:

—¡He dicho que con los brazos en alto!

Panter obedeció.

Y no tuvo la menor sorpresa al encontrarse ante el hombre a quien en aquellos momentos más odiaba en el mundo. Al encontrarse ante el propio Vance, el padre de Evelyn, el hombre que, paradójicamente, había estado a punto de ser su suegro.

Con su aspecto de negociante próspero, con su traje impecablemente cortado, su reloj de oro macizo y con un valioso brillante en el alfiler de su corbata, Vance parecía ir a presidir el consejo de administración de cualquiera de sus grandes negocios en la costa oeste del país. Ni una manchita de sangre había alcanzado sus ropas perfectas. Hasta la pistola que empuñaba, una «Star» española con adornos de plata, era una verdadera joya.

Vance ordenó:

—Suelta la artillería.

—No la llevo.

—A otro perro con ese hueso, Panter. Tú eres uno de los detectives de la ciudad que mejor armados han ido. Sólo te faltaba en tus buenos tiempos una ametralladora antiaérea.

—He dicho que no llevo nada, Vance.

—Quítate la americana.

Panter lo hizo sin intentar nada, porque se daba cuenta de que el otro estaba a punto de disparar. Pudo verse entonces perfectamente que no llevaba funda axilar ni armas remetidas entre el pantalón y la camisa.

Vance retrocedió un paso para apuntarle mejor y quedar fuera del alcance de sus puños, en el caso de que el joven intentase alguna maniobra desesperada. Luego dijo con una sonrisa turbia:

—Supongo que estás sorprendido, hijo de la gran zorra.

—Sólo en cierto modo, Vance. No me sorprende verte aquí, aunque sí me sorprenden otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo la rapidez con que has llegado desde el hotel Stuart.

—Elemental, amigo. He venido en un coche guiado por un conductor profesional y que conocía muy bien el camino. Tú has venido en un taxi, y los taxistas siempre dan rodeos para que la carrera sea más larga.

—Pero tú estabas en una habitación con... con...

—Sí, con mi querida.

John Panter echó levemente la cabeza hacia atrás, mientras sus ojos se volvían turbios.

—¿Has visto que entraba allí? —preguntó.

—Sí —dijo fríamente Vance.

El detective tuvo un pestañeo de sorpresa, pero preguntó también con la más absoluta frialdad:

—¿Por qué no me has atacado allí?

—Por varias razones. La primera, no saber si ibas armado. La segunda, no querer armar jaleo en un sitio donde la policía iba a entrar de un momento a otro. La tercera, no querer complicar a Cecile en un lío de sangre.

—Son unas razones muy claras, Vance, pero hay otras que no lo están tanto. Por ejemplo, me pregunto si sabías ya entonces que Pat

y Luc estaban muertos.

—Tenían que estar muertos, puesto que tú estabas vivo —dijo Vance con la misma sonrisa turbia.

—Perfecto... Sigue estando muy claro, pero sigue habiendo otras cosas que no entiendo de ninguna manera.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cómo has dado con este escondite. Solamente Perry y yo, aparte de un par de personas de la máxima confianza, lo conocíamos.

—Cierto. Y es muy posible que yo hubiera tardado mucho en dar con él, pero cometiste un error.

—¿Qué error?

—Telefonar desde el propio hotel. Hay un servicio de escucha que nos da automáticamente el número marcado. Conociendo ese dato, es cuestión de minutos dar con el domicilio al que se llama.

Panther hundió la cabeza con un gesto de pesadez, como si sus energías se estuvieran desplomando.

—¿Tú has hecho esto? —susurró.

—Personalmente no.

—¿Pues quién?

—Dos asesinos que están en la habitación de al lado. Te lo advierto por si intentas algo desesperado. Yo, en tu lugar, no lo probaría.

—No lo haré hasta que sepa toda la verdad, Vance, y hay muchas cosas de esa verdad que aún no comprendo.

—¿Por ejemplo?

—¿Por qué moviste todos tus resortes políticos y todo tu dinero para que me echasen de la ciudad?

—Porque no me gustaba que un marica muerto de hambre como tú se casase con mi hija.

—Ésa es una situación que ya no tiene sentido, Vance. Es un poco una situación de la Edad Media, pero confieso que la creí hasta que me encontré con la primera cabeza humana junto al hotel Stuart. Y ahora he comprendido que el interés en echarme nada tenía que ver con Evelyn, pero... ¿por qué?

—No me gustaba que en mi casa entrara justamente un detective.

—Podía hurgar demasiado, ¿no es eso?

—Exacto. Y como Evelyn estaba locamente enamorada de ti, decidí cortar por lo sano. Te habías metido en tantos líos y en tantas violencias que no resultaba nada difícil hacer que te echaran de la ciudad.

Panther alzó la cabeza, pero con el mismo gesto de pesadumbre. Confiaba en que su enemigo pensara que se estaba hundiendo y se relajase aunque sólo fuera unos breves segundos. Pero Vance estaba atento y ni siquiera pestañeaba para así poder apuntarle mejor.

El detective musitó:

—Quiero hacerte tres últimas preguntas antes de reventar, Vance. Porque supongo que mi destino está marcado, desde el momento en que esta misma noche habéis intentado matarme dos veces.

—Claro que tu destino está marcado, muchacho. Pero tres preguntas quizá sean demasiadas preguntas incluso para un condenado a muerte.

—Serán breves. No retrasaré demasiado el placer de que aprietes el gatillo.

—Hazlas. Pero aprisa.

Panther susurró:

—¿Evelyn sabe algo de esto?

—No.

—¿Lo sospecha?

—Jamás lo ha sospechado.

—¿Y Cecile?

—Tampoco.

—¿Es tu querida realmente?

—Sí.

—Supongo que no será la única.

—Eso no te importa, hijo de zorra.

Panther apretó los labios.

—Voy a hacerte la última pregunta, Vance —susurró.

—Venga con ella. Pero te juro que no habrá más respuestas.

—Entonces contéstame al menos a esto: ¿qué pasa en aquel cochino hotel?

Vance sonrió de nuevo, pero su sonrisa era más turbia y espesa que nunca. Una mueca burlona apareció en su cara.

Estaba claro que la pregunta le había parecido ingenua. Y que

no pensaba contestársela ni siquiera a un hombre que no podría repetirla en ninguna parte, porque iba a morir.

—Quieres saber demasiado, Panter —dijo—, pero lo único que puedo decirte es que se trata de algo que interesa al progreso de la Humanidad, y que allí todos estamos haciendo una magnífica obra.

—¿Una *magnífica* obra?

—Sí.

—¿Matando?

—Todo avance exige sacrificios, Panter. Toda civilización y todo progreso entrañan peligros.

—Pero...

El detective estaba paralizado por el asombro. No entendía nada.

—Detener el progreso de la Humanidad por razones sentimentales es de espíritus cobardes y débiles —dijo el millonario con voz crispada—. Todo avance exige unos cuantos muertos, y yo creo que esos muertos serían felices si llegaran a saber el beneficio que hacen a sus semejantes. Por lo tanto, lo que está ocurriendo en el hotel Stuart sólo me interesa a mí y a unos cuantos espíritus selectos como el mío. Tú y los que piensan como tú sois basura. Vosotros nunca haréis progresar nada.

—¿Pero de qué progreso hablas? ¿Qué es lo que maquinas allí? ¿Qué pasa?

Vance apretó los labios.

—Basta ya —dijo—. Tú has hecho tres preguntas y yo te he dado tres respuestas. Has agotado tu cupo. Te deseo una feliz estancia en el infierno.

Y cerró el dedo sobre el gatillo.

Pero había cometido un error.

Había avisado a Panter del momento en que iba a disparar, al decirle que estaba agotado su cupo.

Y, cuando Vance apretó el gatillo, el detective ya no estaba en el sitio donde había estado hasta dos segundos antes. De pronto Vance se dio cuenta de que luchaba con un verdadero diablo.

John Panter había lanzado hacia adelante las dos piernas a la vez, buscando dar al menos un puntapié a la «Star» que le amenazaba. Lo consiguió con una de las punteras y logró desviar el tiro, haciendo que la bala se clavara en el techo.

Vance lanzó un grito de rabia.

Aquel salto felino le había cogido por sorpresa, pero todas las posibilidades seguían estando en sus manos. Bajó la pistola mientras veía a su enemigo caer al suelo.

Sin embargo, John Panter no estaba dispuesto a morir sin luchar. Y era un experto de las peleas en habitación cerrada. Un judoka perfecto que sabía todos los trucos y conocía todos los puntos sensibles de un hombre.

De pronto Vance notó que uno de los pies de su enemigo le golpeaba detrás de la rodilla derecha. Todo su cuerpo salió despedido hacia adelante y la segunda bala se empotró en el cuerpo sin vida del teniente Perry, que seguía tras la mesa. Una maldición sonó en la oscuridad.

Vance estaba a punto de caer.

Se apoyó en la mesa.

Pero con eso dejaba al descubierto una parte muy importante del cuerpo: la parte baja de su vientre. Y allí fue donde recibió el terrible impacto de los dos pies de Panter, que concentró todas sus fuerzas en aquel golpe capaz de liquidar a un hombre. Vio que los ojos de Vance se desorbitaban, que todo su cuerpo empezaba a vacilar y que la pistola resbalaba de entre sus dedos trémulos.

La situación había cambiado por completo. Ahora Vance era un pobre guiñapo que chocaba de cabeza contra las paredes mientras gemía de dolor.

John Panter se lanzó hacia adelante para apoderarse de la «Star» caída en el suelo. Estaba seguro de que así dominaría por completo la situación, y la verdad es que cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Pero fue un error. Con un solo golpe más habría derribado a Vance, dejándolo KO sin necesidad de la pistola. Al pensar más en el arma que en el hombre, dejó unos segundos de margen para que éste se diera cuenta de que la situación había cambiado y tratara de buscar una salida desesperadamente.

La salida consistió en lanzarse de cabeza por la ventana. La tenía cerca, y además Vance era todavía un hombre muy vigoroso, capaz en determinados momentos de moverse con la agilidad de un joven de veinte años.

Panter alzó fulminantemente la «Star» al oír el estrépito de los cristales rotos.

Pero otro factor —aparte su insospechada agilidad— jugó del

lado de Vance: John Panter no se atrevió a matarlo. En la última fracción de segundo —esa que separa la vida de la muerte— no se atrevió a apretar el gatillo porque aquél, al fin y al cabo, era el padre de Evelyn.

Pero él también se lanzó por la ventana.

No iba a perder tiempo.

Quería atrapar a aquel tipo y obligarle a hablar.

No iba a vacilar, ahora que estaba a punto de averiguarlo todo.

Su cuerpo salió despedido por la ventana y un segundo después rodaba por la hierba de un pequeño jardín que había en la parte posterior de la casa. Las sombras de la noche le impidieron ver dónde estaba Vance.

Pero oyó unas pisadas rápidas en unas losas de piedra situadas un poco más allá. Y el detective disparó dos veces, aunque a la altura de las piernas, deseando inmovilizar a su enemigo.

No acertó porque no podía ver nada. Los pasos siguieron y un momento después se perdían definitivamente entre las tinieblas.

John Panter fue a correr en la misma dirección, pero de pronto tropezó con algo. Al agacharse para recogerlo, vio que se trataba de una gruesa agenda con tapas de metal, que sin duda Vance había perdido en su huida.

En aquella agenda podía estar la explicación que él andaba buscando. Se la metió en el bolsillo superior de la americana, donde encajaba perfectamente, y siguió corriendo. Pronto le cortó el paso un *parking*, un verdadero laberinto de coches donde era imposible encontrar a un hombre.

Panter se remitió la «Star» entre la camisa y el pantalón y siguió avanzando. Pero ya no pensaba en perseguir a Vance.

¿Para qué iba a perseguirlo él solo? Dentro de diez minutos, todos los hombres disponibles de la policía de San-Francisco estarían tras sus huellas.

CAPÍTULO VIII

Muerto el teniente Perry, el único que podía dar la orden para aquella caza del hombre era el capitán Sturbes, pero el capitán Sturbes no debía saber nada de todo aquello. Por lo tanto era necesario ir a verle, plantearle la verdad, darle cuenta de la trágica muerte de Perry y pedirle ayuda.

Las cartas sobre la mesa.

Eso era lo que John Panter se veía obligado a hacer.

Desde una cabina telefónica llamó. El capitán Sturbes no estaba en la brigada, sino en su casa, pero eso importaba poco. Acordaron en verse allí, sin testigos, quince minutos más tarde.

Panter tomó un taxi y se hizo conducir a Berkeley, a un paraje tranquilo, cercano a la Universidad y no lejos de donde había vivido Perry. La casa era una construcción de una sola planta, estilo español, rodeada de palmeras tropicales y cuidados arbustos japoneses. Una gran pérgola iluminada indicaba la entrada del edificio.

Panter avanzó.

Todo estaba tranquilo y quieto.

En el silencio del jardín, se oía tan sólo el revoloteo nervioso de los pájaros nocturnos.

Un criado impecable le abrió la puerta.

Al parecer, Sturbes vivía bien. Eso no tenía nada de especial, si se tenía en cuenta que, además de capitán de la policía, era un historiador cuyos libros se vendían muy bien. Por otra parte, la gente siempre había rumoreado que Sturbes era el heredero de una fortuna familiar nada despreciable.

El criado susurró:

—Le esperaba, señor Panter. El capitán me ha advertido de que

usted iba a llegar de un momento a otro.

—Gracias. Dígale, por favor, que necesito verle con mucha urgencia y que todo puede depender de unos minutos.

—Desde luego que se lo diré, señor. Pase.

Le hizo adentrarse en una biblioteca donde había centenares de libros, casi todos ellos de Historia. Las obras del propio Sturbes también estaban allí, encuadernadas en elegante piel verde, y en un lugar preferente.

Devorado por la impaciencia, el detective las miró sin embargo. Su espíritu profesional le hacía fijarse, por puro instinto, en los detalles de todos los sitios donde entraba.

Los libros tenían unos títulos curiosos: *Historia de los campos de concentración*, *El oscuro Himmler, jefe de policía del III Reich*, *Los misterios de la mente humana*, *La evolución de las especies*, *El concepto del hombre a través de la Historia*, *América, el país donde la ciencia está prohibida*.

Panther pestañeó al leer este último título. ¿Prohibida? ¿Es que Estados Unidos no es un país donde se presta a la ciencia un inmenso apoyo? ¿Es que de sus universidades y laboratorios no surgen los premios Nobel en proporción abrumadora, porque se les da dinero y tiempo para investigar? ¿Qué había querido decir el capitán Sturbes con todo eso?

Hasta estuvo a punto de tomar el libro y hojearlo, pero no tuvo tiempo para eso. Inmediatamente, una puerta se abrió.

Un hombre alto y grueso, con el pelo cortado a cepillo, cejas y barba rubias, apareció en el umbral.

—Usted y yo no nos conocíamos —dijo el capitán Sturbes.

—No, pero yo era un gran amigo del teniente Perry, que en determinados aspectos estaba a las órdenes de usted.

—Sí... En el orden jerárquico yo soy su superior, pero no en el orden de la investigación criminal, porque él dispone de una gran autonomía. Sin embargo, ¿por qué ha dicho que «eran» amigos? ¿Es que ya no lo son?

Por lo visto, Sturbes no había caído en la idea de que Perry podía estar muerto.

—Se lo explicaré enseguida —dijo el joven con voz tranquila—. ¿Dónde quiere que hablemos?

—Pase a mi despacho.

Había allí una mesa ultramoderna, ovalada, con varias pantallas de televisión gigantes empotradas en las paredes y una serie de sofisticados aparatos de alta fidelidad. Sturbes debía ser un maniático de la TV y de la música, aunque seguramente algunas de aquellas pantallas debían ser las terminales de una computadora que le daba los datos necesarios para sus trabajos históricos. De ese modo Sturbes no tenía que perder el tiempo en consultas que para otros historiadores representaban quizá días enteros en las bibliotecas.

El capitán se sentó tras aquella espectacular mesa. Con un gesto apacible, invitó:

—¿Qué es eso tan urgente que tenía que decirme? Hable.

—Hay algo que debe saber ante todo, Sturbes.

—¿Qué?

—Perry ha muerto.

En el rostro del capitán no se reflejó el menor sentimiento. Tenía unas facciones que parecían talladas en piedra. Plegando las manos, susurró:

—¿Un accidente?

—No. Un asesinato.

—¿Dónde, Panter?

—En una especie de despacho que tenía alquilado para las investigaciones que realizamos los dos.

—¿Qué clase de investigaciones?

John Panter apretó los bordes de la mesa.

—¡Por favor, capitán! ¡No me haga perder tiempo! ¡*No podemos perderlo!* ¡Si ahora me obliga a explicárselo todo, ese tipo huirá!

—Me hago cargo, pero usted debe comprender que un capitán de policía no puede obrar a la ligera, Panter. Además, ¿de qué tipo habla?

—De Vance.

Ahora sí que se reflejó la sorpresa en las facciones de Sturbes.

—¿El millonario? ¿El político? ¿El que el año pasado se presentó a las elecciones para la Cámara de Representantes?

—Sí.

—No tiene sentido, Panter.

—Lo sé, pero...

—Además, ¿no iba usted a casarse con su hija?

—Precisamente por ello me quiso expulsar de la ciudad.

—Oiga, Panter, sus asuntos particulares no me interesan. Si esto es una simple venganza personal, le aseguro que...

—No se trata de una venganza personal, capitán, sino de todo lo contrario. Si yo desease la muerte de ese hombre, habría disparado contra él esta misma noche, cuando tuve oportunidad de hacerlo. Pero lo que quiero es aclarar la cadena de crímenes más extraña que se ha dado en toda la historia de San Francisco.

—¿Qué crímenes? ¿Dónde han sucedido?

—En el hotel Stuart.

—¿Ese que tiene un acuerdo con la Beneficencia Municipal?

—El mismo.

—¿Y qué es lo que ha ocurrido ahí?

Eran demasiadas preguntas, y el tiempo volaba. Dominando su impaciencia, John Panter susurró:

—Parece como si allí viviera el diablo, capitán.

—Eso suena muy melodramático, pero es igual que no decir nada. Concrete de una maldita vez.

—Lo intentaré. Yo había llegado a un acuerdo con Perry para...

—Aguarde. Voy a tomar nota.

Y abrió el cajón central de su mesa. Panter suspiró:

—¿Puedo contar con su ayuda, capitán?

—Claro que sí.

—Menos mal que al fin cuento con alguien en quien confiar.

—Por supuesto. Puede confiar en mí.

Y el capitán sacó la mano derecha del cajón de la mesa que acababa de abrir.

En esa derecha brillaba el cañón niquelado de un revólver.

Dijo con voz opaca:

—Le veré en el infierno, amigo.

Apuntó al corazón de Panter cuando éste aún no había entendido lo que pasaba, cuando aún no había tenido tiempo ni de abrir la boca.

Y apretó el gatillo.

CAPÍTULO IX

La bala hubiera atravesado de lleno el corazón de John Panter a no ser por una circunstancia que lo cambió todo. De no ser por la agenda con tapas metálicas que había perdido Vance y que él llevaba en uno de los bolsillos. La agenda de gruesas hojas que, con ayuda de la tapa, retuvieron la bala.

Panter no llegó a ser atravesado, pero el impacto resultó brutal. Precisamente en aquel momento tenía el cuerpo echado para atrás y estaba mal apoyado en la silla.

El detective salió despedido al suelo. Y exhaló un gemido que no era de dolor, sino de sorpresa.

Seguía sin entender nada. Ahora menos que nunca.

Era como si el mundo entero se hubiese puesto a dar locamente vueltas en torno suyo.

Pero contaba con una sola ventaja, y era qué Sturbes estaba absolutamente seguro de haberle matado. No sólo había podido apuntar bien y al corazón, sino que además había visto como la bala perforaba el traje y enviaba a la víctima por tierra. Un blanco perfecto.

Sturbes se levantó sin prisas.

Iba a dar el tiro de gracia, aunque no era indispensable. Una bala a esa distancia, no perdona.

Y de repente, un gruñido se le quedó atravesado en la garganta. Porque la mesa, que pesaba tanto como un piano, salió de repente despedida hacia él.

Alguien que tenía la fuerza de un bisonte la levantaba con los pies y se la arrojaba encima. Sturbes recibió en mitad de su pecho aquel peso enorme, alzó las manos y quedó medio aplastado contra la pared.

Pero no soltó el revólver. Aunque no entendía cómo diablos era posible que su enemigo siguiese vivo, disparó dos veces más. La mesa pareció aplastarle entonces de tal modo que estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento.

Era Panter el que la empujaba con todas sus fuerzas. Panter, quien se daba cuenta de que toda aquella casa era una maldita encerrona.

Porque, en efecto, se oían gritos al otro lado de la puerta principal. Si él seguía allí le cazarían.

Había esquivado el primer ataque, pero no podría esquivar los otros.

Por eso se lanzó corriendo en busca de una salida. Pudo oír que, mientras él corría hacia la puerta, alguien estaba llegando también a la hoja de madera pero por el lado contrario.

Panter dejó que abriesen.

Alguien entró en tromba.

Era el criado que le abrió antes.

Llevaba en la derecha un «Magnum».

Buen petardo.

A un tipo que lleva un «Magnum» no hay que darle demasiadas oportunidades, porque a la que te descuidas te casca.

Por eso Panter hubo de demostrar que sabía karate. Y que había aprendido la suficiente mala baba en las calles de San Francisco.

Dio un seco golpe a la nuca de su enemigo cuando éste pasaba.

¡CRACK!

No necesitó más que aquello para saber que le había roto las vértebras cervicales. El impacto era mortal.

El hombre cavó al suelo como un fardo, sin exhalar un gemido.

Pero Sturbes ya se estaba reponiendo.

Había que emigrar de allí.

Ahogando una maldición, el detective corrió por la biblioteca.

Notó que una puerta se abría.

Otro hombre al que no había visto jamás apareció de repente en el umbral, con una escopeta de cañones aserrados.

La levantó lanzando un grito.

Pero ya no tuvo tiempo de hacer nada más.

Con aquel grito se fue al otro barrio.

John Panter había disparado con la «Star», aunque notaba por el

peso que ya debían quedar pocas balas en el cargador. El hombre de la escopeta se encogió, dio un giro en el aire, chocó con la pared y acabó derrumbándose como un fardo.

Ahora el detective corrió en zigzag.

Sabía que podían dispararle desde cualquier otro sitio de la casa. Y no le faltaba razón al pensar eso, porque otra puerta se abrió de pronto.

El tipo que estaba en el umbral también llevaba un revólver «Magnum», pero por poco se lo traga. Panter disparó unos segundos antes, girando con la rapidez del rayo, al oír el crujido de la puerta que se abría. Vio a su enemigo saltar hacia atrás mientras encogía los brazos y se llevaba materialmente el revólver a la boca.

Fue una buena despedida del mundo.

El revólver se le disparó y se le llevó parte de la cara.

Panter logró salir al exterior atravesar la zona de arbustos japoneses y palmeras tropicales. Entonces se dio cuenta de que empezaba a tener suerte y de que las cosas iban a salir bien.

Las luces intermitentes de un coche patrullero parecían oscilar ante la casa. Seguramente alguien había oído los disparos y avisado a la policía.

Y aunque los policías no eran precisamente muy amigos suyos, John Panter pensó: «Al fin...».

Se acercó diciendo:

—Eh, amigos...

Uno de los policías que estaban dentro sonrió.

—Ven aquí, muchacho.

Panter logró sonreír también.

Las cosas empezaban a arreglarse.

Y, de repente, la sonrisa se le heló en la boca. Fue entonces cuando sus músculos actuaron con la rapidez de los músculos de un lobo, cuando todo su cuerpo salió despedido hacia el lado izquierdo como si le hubiera embestido un coche. Oyó en aquel mismo momento el tableteo de la metralleta.

Las balas le pasaron rozando la cabeza.

Oyó en el coche de los policías una sorda maldición.

—¡Salid todos!

—¡Acribilladle de una maldita vez!

John Panter rodó entre los arbustos con la velocidad y el sigilo

de una serpiente.

Su pensamiento también rodaba. Su cabeza era un auténtico volcán.

Y era el pensamiento el que le había salvado. Más que la vertiginosa rapidez de sus músculos. Porque ahora ya estaría muerto si no llega a darse cuenta, en la última fracción de segundo, de que los policías de los patrulleros no usan metralletas. De que allí había algo que no era legal.

Y a eso debía el conservar aún intacta la piel. Pero sabía que no la conservaría por mucho tiempo.

Los tres ocupantes del patrullero corrían hacia los arbustos, por entre la oscuridad del jardín. El de la metralleta enviaba cortas ráfagas contra todo lo que se movía.

—¡No uséis las armas reglamentarias! ¡Acribíllalo todo, Tom!

Panther se dio cuenta de que no podía seguir allí, porque aquellos esbirros acribillarían pulgada a pulgada el jardín, sin importarles el ruido. Y eso sin contar con que el capitán Sturbes y algunos de sus secuaces podían salir en cualquier momento de la casa para participar en la persecución. Todo aquello era una maldita encerrona en la que se dejaría hasta el último centímetro de piel.

Pero Panther se dio cuenta de que aún tenía una última y desesperada oportunidad. Los tres ocupantes del patrullero habían cometido un terrible error al dejar el coche solo y a poca distancia, con las llaves de contacto puestas. Pensando solo en acribillar a Panther, no se habían dado cuenta de que éste aún era capaz de un golpe de audacia. ¡Y vaya si lo fue!

Apareció de pronto por donde menos esperaban los policías. Éstos vieron de pronto una sombra que corría.

—¡Allí!

Enviaron una ráfaga.

John Panther se lanzó a tierra, volvió a aparecer unas yardas más allá y saltó de cabeza al interior del coche patrullero. Una serie de balas se llevaron por delante los cristales de éste.

—¡Cuidado! ¡No podemos destrozar nuestro propio coche! —gritó uno de los patrulleros.

—¡No te preocupes! ¡Diremos que nos hemos encontrado con unos atracadores!

Panther tendido entre los dos asientos delanteros, hizo girar la

llave de contacto y metió primera mientras desembragaba con un pie en difícil posición. Casi inmediatamente desembragó y dio gas con la mano, ya que su postura no le permitía otra cosa. El coche salió despedido hacia adelante con peligro de calarse y sin dirección alguna.

El capó rompió la pequeña valla del jardín, se metió en éste y pareció ir a embestir a los tres policías que corrían entre las palmeras. Uno de éstos levantó su revólver, hizo tres disparos y destrozó completamente el parabrisas, aunque sin llegar a alcanzar al ocupante que seguía tendido en los asientos.

Ahora Panter se dio cuenta confusamente de dónde estaba. Cambiando de postura, dio gas con el pie y giró el volante. El policía que acababa de disparar lanzó entonces un grito de muerte.

El capó del coche le acababa de aplastar contra el tronco de una de las palmeras. La sangre saltó sobre la carrocería.

Una voz gritó:

—¡Dale con la metralleta! ¡Cóselo!

Pero Panter ya había metido la marcha atrás y se separaba con fulminante rapidez del cuerpo aplastado de su enemigo. Los dos policías saltaron atrás para no ser arrollados, y uno de ellos rodó por tierra.

Era el de la metralleta. Eso le hizo perder unos segundos preciosos, mientras recuperaba el arma y se ponía en pie.

El otro corría hacia la calle.

Había allí aparcada una motocicleta. Se daba cuenta de que tal vez el detective podría huir y no quiso abandonar la persecución. La moto era una poderosa «Harley-Davidson» que podía alcanzar a cualquier coche.

El motor rugió.

Y el agente dio un rápido giro para cortar el paso al patrullero que ahora conducía Panter, pero en aquel momento ocurrió algo que no podía esperar.

Un potente «Cadillac» negro, con las dimensiones de un mastodonte, salió en aquel momento disparado de la casa.

La rampa del garaje la remontó en sólo un par de segundos, mientras los ocho cilindros lanzaban una especie de aullido.

La «Harley» estaba en lo alto de la rampa.

Su conductor ni siquiera vio venir el coche. Todo aquello le

produjo el efecto de una explosión, porque los focos le cegaron.

De repente saltó por los aires.

No se dio cuenta de que la moto volaba con él.

No se dio cuenta de que las piezas de metal se rompían al tiempo que los huesos del cuerpo humano se partían en pedazos.

Cuando cayó a tierra, era solamente un guiñapo.

Sus ojos abiertos y extraviados miraban hacia el vacío eterno.

Pero John Panter, que estaba a pocas yardas de distancia, no podía mirar hacia el vacío eterno. Tenía que fijarse en cosas mucho más concretas.

Se había dado cuenta de que el coche que acababa de salir disparado de la casa lo conducía el capitán Sturbes. Eso indicaba que él también estaba dispuesto a participar en la cacería.

Y no iba solo. Le acompañaba un tipo con una metralleta.

Eso y el policía superviviente, que conservaba el arma automática, significaba que los peligros no habían terminado ni mucho menos para John Panter.

Por lo tanto dio un golpe al volante e hizo un giro suicida sobre la calzada, delante de la casa. Se llevó por delante dos ciclomotores aparcados y enfiló en línea recta hacia el policía de la metralleta.

Éste alzó el arma.

Veía venir el patrullero hacia él.

El coche rugía a una velocidad diabólica, teniendo en cuenta que la calle era estrecha: más de ciento setenta por hora.

Pero Panter sabía que las balas eran más rápidas y que la ráfaga le cosería materialmente en el asiento. Por lo tanto alzó la «Star» y apuntó a través del parabrisas roto.

El blanco se acercaba vertiginosamente.

La ráfaga de la metralleta iba a brotar, iba a martillearlo todo.

Pero Panter, con el coche lanzado, y mientras sujetaba el volante con la izquierda, disparó una fracción de segundo antes. El policía recibió el impacto del plomo en mitad de la mandíbula.

Salió despedido hacia atrás.

La metralleta se le disparó en el aire.

Un trueno ensordecedor recorrió la calle.

Pero el policía ya estaba muerto cuando el coche lo embistió y lo envió volando contra la valla del jardín. Ni siquiera se dio cuenta de que el terrible impacto casi le partía el cuerpo en dos.

Panther pudo frenar.

Giró otra vez el volante locamente, mientras las ruedas chirriaban enloquecidas sobre el asfalto.

Había llegado al final de la calle. Pudo al fin girar sobre dos ruedas y luego enderezar el coche mientras los neumáticos despedían chispas. Con el rabillo del ojo se dio cuenta de que el «Cadillac» venía hacia él.

También se había lanzado a ciento setenta por hora.

Intentaba cazar al patrullero de flanco y partirlo por la mitad. Teniendo en cuenta las poderosas defensas del «Cadillac», su conductor apenas sufriría, mientras que el cuerpo de Panther quedaría deshecho entre los hierros retorcidos del patrullero.

Pero el detective logró salir de la zona de choque unos segundos antes de que éste se produjera. Oyó el grito que lanzaba el capitán Sturges al darse cuenta de que ya no podía frenar y de que el vacío se extendía ante el morro de su poderoso bólido. La casa que tenía delante apareció vertiginosamente ante el parabrisas.

Pero el capitán era también un fantástico conductor. Cambiando de marcha en fracciones de segundo, pudo dominar un poco el «Cadillac» aun a riesgo de cargarse toda la caja de cambios, porque el chirrido fue espantoso. Casi al mismo tiempo giró el volante para enfilar hacia el porche de la casa que tenía delante.

Se había dado cuenta de que el porche era de madera. Con un poco de suerte, él no se dejaría la piel allí.

Y eso fue lo que sucedió. El que se le cargó fue el porche. Su estructura de columnas esbeltas no pudo resistir el impacto demoledor del «Cadillac», que se lo llevó todo por delante. La estructura del coche crujió y algunas de sus piezas saltaron, pero consiguió dejar atrás la casa y salir de nuevo a la calle. El artístico edificio que acababa de rozar pareció sacudido por un terremoto.

También John Panther estaba en la calle, dispuesto a salir a toda marcha de allí. Dio gas mientras ante sus ojos aparecían unas escaleras de las que a veces compensan el desnivel de las avenidas de San Francisco.

Ya no tenía tiempo de rectificar. O eso o se estrellaba contra una casa. Fue, pues, hacia las escaleras mientras el motor lanzaba un ronquido.

Y las alcanzó de lleno. El patrullero dio una serie de infernales

saltos al tiempo que la suspensión parecía ir a romperse en cien pedazos. Cuando llegó a la calle que estaba a un nivel inferior, Panter pensó que, de todos modos, ya se había librado de la persecución.

Pero se equivocaba. El «Cadillac»... ¡venía tras él! ¡También volaba sobre las escaleras mientras parecía como si todas sus piezas fueran a romperse!

Panter vio una pronunciada bajada. Se lanzó por ella a la máxima velocidad, mientras el viento casi le dejaba ciego porque tenía el parabrisas roto.

Ésa era una desventaja decisiva. No podía seguir así.

Llegó al final de la bajada y entonces se lo jugó todo a una carta. Porque acababa de darse cuenta también de algo que lo cambiaba todo: a la pistola «Star» trabajada en plata ya no le quedaba ninguna bala.

Y, sin duda, el capitán Sturbes iba armado. Pronto se dio cuenta de que, en efecto, era así. De que realmente iba armado... ¡y de qué manera!

Porque vio partir algo inesperado de una de las ventanillas del «Cadillac». Una granada de mano que rodó pendiente abajo.

La granada llegó a la altura del patrullero... ¡cuando éste estaba maniobrando para escapar!

Con ojos desencajados, Panter la vio venir mientras sus dos manos hacían girar el volante a una velocidad suicida. El coche patinó otra vez sobre dos ruedas, entre un chirrido enloquecedor, mientras la granada seguía rodando hacia abajo entre las cuatro llantas.

Estalló un poco más allá.

Produjo en el asfalto un pequeño cráter mientras el patrullero era sacudido por una especie de embestida. A todo esto, el «Cadillac» ya venía rugiendo hacia él.

Intentó cazar otra vez al patrullero por el centro.

Era como un acorazado que embiste con la proa a un destructor.

Pero el destructor fue más rápido. Con un golpe de volante que hubiese envidiado un conductor de Fórmula 1, el relativamente pequeño patrullero esquivó de cola. Y el «Cadillac» le embistió por el maletero, haciéndolo girar como una peonza.

Pero aquel golpe hizo que el «Cadillac» perdiese la línea recta,

dando un par de bandazos enloquecedores hacia la acera. Chocó con una farola y la derribó. Inmediatamente fue hacia la otra acera, a causa del rebote, mientras los neumáticos chirriaban de una forma alucinante.

El capitán Sturbes ya no dominaba el coche. Intentó controlar el volante mientras lanzaba un grito de horror.

Porque vio el pesado camión que venía hacia él, remontando la pendiente de la calle. Era un camión con «tráiler» hacia cuyas catorces ruedas se estaba dirigiendo como un bólido.

Con todas sus fuerzas, Sturbes apretó el freno mientras echaba desesperadamente el cuerpo hacia atrás.

Demasiado tarde. El «Cadillac» fue a empotrarse entre la cabina del camión y la enorme caja. El estampido fue atroz.

Y las dos bombas de mano que Sturbes aún tenía en el asiento, para lanzarlas a la menor oportunidad, salieron despedidas mientras el seguro de una de ellas saltaba. La explosión hizo que el tanque de gasolina estallara a su vez y convirtiera todo aquello en un infierno.

El conductor del camión salió corriendo de la cabina.

Toda la mercadería estaba ardiendo. La calle se llenaba de gritos mientras en su centro se alzaba aquella especie de pira funeraria.

Panther se pasó un momento la mano por los ojos para intentar borrar aquella visión de pesadilla y serenar sus nervios. Luego emigró de allí porque se dio cuenta de que enseguida llegarían otros patrulleros y entonces su situación se haría imposible.

Rodó hacia los jardines japoneses, en la zona de las colinas. Y en una calle oscura abandonó el patrullero, de cuya radio no habían hecho más que partir espasmódicas llamadas en los últimos minutos.

Necesitó apoyarse en una de las barandillas de la calle, junto a las silenciosas escaleras que llevaban a la calle inferior.

Casi sobre su cabeza parpadeaban las luces de la famosa Colina del Telégrafo.

La muerte flotaba en derredor de John Panther como si formase parte del aire.

CAPÍTULO X

Cuando pudo recobrar el perfecto dominio de sí mismo, se metió en un bar que estaba abierto a aquella hora y pidió un *whisky* doble. Como el bar tenía licencia para bebidas alcohólicas, se lo sirvieron sin chistar. Lo bebió de un trago y sintió como si un chorro de pólvora le llegase hasta el fondo de los pies.

Pero aquella sensación le hizo bien, porque acabó de centrarle. Entonces buscó unas monedas y fue hacia el teléfono público que había a un lado del local. Discó el número de Evelyn.

La muchacha debía estar despierta, porque contestó un segundo después.

—¿Quién?

—Soy yo, Evelyn.

—John... ¡Dios santo!

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Tu padre no ha vuelto a casa?

—No, no ha vuelto. ¿Por qué?

—Hay algo que tengo que explicarte porque ha llegado el momento de que lo sepas. Pero prométeme dos cosas.

—¿Cuáles?

—Que me creerás y no me harás preguntas. La verdad es que no dispongo de demasiado tiempo.

—Claro que te creo, John. De lo contrario no confiaría en ti. ¿Qué pasa?

—Lo del hotel Stuart es mucho más importante de lo que creía. Tengo la sensación de que allí se realizan experimentos con seres humanos. Es una especie de mundo de pesadilla situado en pleno corazón de la ciudad, una especie de museo de los horrores por el

que la gente pasa sin darse cuenta. Pero se han dado cuenta de que lo sé y por eso mi cabeza está puesta a precio.

—No lo entiendo, Johnny. Experimentos con seres humanos... ¿para qué?

—Los que los hacen afirman que trabajan en bien de la Humanidad. Es un viejo disco. Los médicos nazis que empleaban seres humanos como conejillos de Indias en los campos de exterminio, también afirmaban que hacían todo eso en beneficio del progreso y en nombre de la ciencia.

—¿Y... y quién dirige eso, Johnny?

El tragó saliva, haciendo un esfuerzo.

Le costaba decirlo, pero lo dijo al fin:

—Tu propio padre.

Oyó un gemido al otro lado del cable.

Y luego la debilitada voz de Evelyn:

—¿Qué dices, John?

—Ha estado a punto de matarme Y sólo por el hecho de ser tú padre no le he liquidado yo a él, pero la batalla no ha terminado. Me temo que realmente no hemos hecho más que empezar.

—Creo que... que te has vuelto loco, John.

—No me he vuelto loco, aunque ha habido momentos en que temía que eso sucediera. Y te diré algo más: tu padre está apoyado por un grupo de funcionarios que sin duda tienen las mismas ideas políticas y que quizá preparen un día un verdadero asalto al poder. Hoy son jefes de la policía y tal vez algún jefe del ejército. Mañana podrían ser una auténtica legión.

—¿Quieres decir que parte de la policía le apoya?

—Al menos un capitán, sí. Y también varios miembros de los coches patrulleros. Algunos de ellos han tratado de trincarme con armas que no eran reglamentarias, para que luego, al aparecer mi cadáver, nadie les relacionara con el crimen.

—Entonces no... no puedes acudir a ninguna parte, Johnny.

—Claro que puedo acudir a alguien.

—¿A quién?

—A ti.

Evelyn dijo velozmente:

—Cuenta con mi ayuda, Johnny, pero...

—Sí, ya sé. Pero debo prometerte que nada haré contra tu padre.

—Sí.

—Está prometido. Ya te he dicho que hubiese podido matarle caso de tener verdadera intención de hacerlo. Pero eso no evitará que tarde o temprano deba comparecer ante la ley, Evelyn.

—Si se le somete a un juicio legal con las debidas garantías, yo nada tengo que oponer. Ésa es la condición.

—Aceptada —dijo Panter con un hilo de voz, sintiendo que cada minuto que pasaba complicaba las cosas.

—¿Cuál es tu plan?

—Voy a tu casa, Evelyn. Allí estaré relativamente seguro y podré llevar a cabo la parte esencial de mi proyecto.

—Detener a mi padre, ¿verdad?

—Sí. En el caso de que vaya ahí, como espero, deberá entregarse. Tú has puesto una condición; yo pongo otra.

Ella suspiró con desaliento.

—De acuerdo, Johnny —dijo—. Ven.

Y colgó.

El detective salió de allí y buscó un taxi. Verdaderamente solo tenía una oportunidad de atrapar a Vance, y era esperándole en su propia casa. Seguramente Vance no pensaría que él fuese a tener la suficiente audacia para aguardarle allí.

Antes de dirigirse a su punto de destino, Johnny Panter tomó una medida elemental. Puesto que ahora la «Star» no tenía balas, pasó por su despacho para proveerse de una pistola «Colt» del nueve largo, capaz de quitarle toda clase de manías a un hombre a doscientas yardas de distancia. Comprobó que el cargador estaba completo y que la corredera funcionaba a la perfección, metió el arma entre la camisa y el pantalón y salió de allí. El mismo taxi, que le había esperado en la puerta, le condujo a las inmediaciones de la casa del millonario.

Era una vivienda digna de la fortuna de Vance.

Consistía en un palacete de tres pisos, rodeado de jardín y situado en la parte más alta de las colinas de San Francisco. Un soberbio porche blanco, como los de las viejas mansiones del Sur, daba señorío y realce al edificio, que contaba en la parte posterior con una piscina olímpica y una pista reglamentaria de tenis. Un tipo de la categoría de Vance no se privaba de nada.

Panter, que había dejado el taxi a dos cuadras de distancia, se

acercó sinuosamente a pie, pegándose a los muros de los edificios. La zona era tan solitaria que allí cualquier cosa podía suceder.

Sólo se oía el ladrido lejano de algunos perros.

Las luces eran tan señoriales, pero al mismo tiempo tan distanciadas que apenas alumbraban una parte mínima de las casas.

Todas ellas tenían sistemas de alarma, porque de lo contrario, dada la soledad del lugar, hubieran sido asaltadas cada noche.

Claro que ahora Panter no pensaba en eso.

Pero fue lo que le sucedió. Cuando menos lo imaginaba, llegó el asalto.

Los dos tipos armados con navajas salieron de pronto de entre las sombras cuando él penetraba ya en el jardín de la casa de Vance. Las dos frías hojas de metal fueron rectas hacia su cuello.

Los atracadores casi babeaban de placer.

Daban a Panter como una presa segura.

—¡Vamos, hijo de perra! ¡El dinero o te degollamos aquí mismo!

Panter demostró que un poco hijo de perra sí que lo era.

Lo primero que fingió fue ir a obedecer. Simuló hacer el gesto de sacar la cartera, pero en realidad sujetó la culata de la pistola «Colt».

Y disparó instantáneamente, sin moverla apenas.

No lo hizo a matar. Al fin y al cabo, aquellos tipos eran unos miserables. Pero dejó cojo al primero de ellos partiéndole el fémur de un balazo.

El segundo asestó un salvaje navajazo.

Directo al cuello.

Pero Panter ya contaba con eso. Se había ladeado instantáneamente mientras disparaba. La lengua de metal apenas le rozó.

Y entonces el asaltante se dio cuenta de que no tenía delante a un tipo cualquiera, sino a un experto. Además él sólo disponía de una navaja, mientras que Panter llevaba una pistola.

Lanzó un grito de rabia y de miedo.

Y saltó hacia atrás.

Panter pudo haberle matado, pero no lo hizo. Precisamente por disponer de todas las ventajas, no las aprovechó. Se limitó a dispararle a los pies para dejarle inmovilizado como al otro, pero la bala rebotó junto a los tobillos del fugitivo, que corría como un

gamo, y se perdió en la noche.

El salteador no vio más que una zona oscura donde poder librarse de los disparos: el propio jardín de la casa de Vance.

Saltó por encima de la valla y se perdió en las sombras. Estaba lejos de suponer que iba en línea recta hacia la muerte.

Porque, de pronto, su cabeza fue atravesada por algo. Pero no ocurrió solamente eso. Al contrario, fue una auténtica explosión.

Su cráneo se partió en cien pedazos.

CAPÍTULO XI

John Panther, que aún estaba en la calle, contempló aquello con asombro. A pesar de la semioscuridad, lo había visto todo perfectamente. Estuvo a punto de lanzar un grito.

Y se dio cuenta de que, desde el interior del jardín, acababan de disparar con un rifle de gran precisión, seguramente dotado de visor con rayos infrarrojos para poder apuntar en la oscuridad. Además la bala no había sido como las otras: tenía que ser una bala con punta de mercurio, de las que al penetrar en un cuerpo humano producen el efecto de una bomba.

Eso significaba... ¡que Vance estaba allí!

¡Había matado al asaltante creyendo que era él, pero eso no cambiaba las cosas! ¡Allí había preparada una encerrona! ¡Y en esa encerrona, él hubiera tenido que ser el muerto!

Sin pararse a pensarlo, Panther saltó también la valla y penetró en la penumbra del jardín, pero corriendo en zigzag. Dos balas más, disparadas con silenciador, segaron las hojas de los árboles.

Panther se lanzó de cabeza entre los arbustos. Pudo ver confusamente una figura que corría con el rifle entre las manos.

Disparó a las piernas una sola vez, pero la oscuridad impedía acertar bien a una figura en movimiento. Aunque tuvo la sensación de haber rozado a Vance, vio que éste seguía corriendo.

Y de pronto las cosas se complicaron para Panther. Porque la llama color naranja de su pistola había sido demasiado visible entre las sombras. Vance le identificó y apuntó hacia allí.

Otra bala de mercurio estalló casi ante los ojos de John Panther, dejándole anonadado durante unos segundos. Vance se dio cuenta de que había fallado por poco y volvió a apuntar, elevando un poco el rifle.

La nueva bala iba a ser decisiva. Panter se dio cuenta de que todo era cuestión de un solo movimiento. O Vance o él. Si vacilaba, podía considerarse muerto.

Y no vaciló. Sus manos fueron más rápidas que las de Vance. Disparó dos veces mientras oía un grito frente a sí.

Vance pareció dar un traspié, se llevó las manos al pecho y acabó cayendo como un fardo. De entre sus labios escapó un chorro de sangre.

John Panter se puso en pie.

Notaba una sensación de vértigo.

Nunca pensó tener que acabar con el padre de Evelyn, pero las cosas habían rodado así. Uno de los dos tenía que largarse aullando al otro barrio. Con la circunstancia de que la muerte de Vance aclaraba el caso y acababa para siempre con la pesadilla de aquel hotel del infierno.

Bueno, al menos eso creía.

Ahora sólo faltaba hablar con Evelyn.

Explicárselo.

Arrancarla de las zarpas de aquella pesadilla que había estado a punto de marcar su vida para siempre.

Panter no lo dudó. Ahora andaba confiadamente. Vio que la puerta estaba abierta y entró en ella. Pareció recibirle entonces un chorro de luz, porque todo el vestíbulo estaba perfectamente iluminado.

El detective dio dos pasos hacia el interior.

Y entonces notó el cañón del rifle clavado en sus espaldas. Entonces se dio cuenta de que había sido un estúpido al confiar.

Porque la muerte estaba allí.

Enviándole su sople helado a la nuca.

Pero más helado aún fue el pensamiento de John Panter, al darse cuenta de lo que significaba aquella situación. Al pensar en la única persona del mundo que podía estar a su espalda, dispuesta a apretar el gatillo.

Con un hilo de voz balbució:

—Evelyn...

Estaba seguro de que era ella. Sólo la muchacha podía haber ayudado a su padre, avisándole. Sólo ella podía ser su cómplice o quién sabe si su jefe. Sólo ella podía también haberlo maquinado todo.

Un sabor amargo le llenó la boca.

Sentía una especie de asco y se daba cuenta de que en este momento no le hubiese importado morir.

Pero todo cambió un segundo más tarde, cuando una voz que no era la de Evelyn dijo pausadamente:

—Has hecho mal, sucio pesquisa. Nunca debiste meterte en una cosa que al fin y al cabo no te importaba.

Panther tuvo un estremecimiento.

Porque recordaba aquella voz; la recordaba de unos largos momentos de amor mientras caía la tarde sobre las calles de San Francisco. Recordaba aquella voz unida a unas curvas, a unos besos, a un frenesí. Porque era la voz de... ¡Cecile!

En efecto, la amigueta de Vance le empujó con el cañón de su rifle. Luego cerró la puerta con el pie.

—Has llegado en esto demasiado lejos, sucio pesquisa —repitió—. Nunca debiste meterte en algo que, al fin y al cabo, tus hijos agradecerán.

—Dudo que tenga hijos si la palmo ahora —gruñó Panther, mientras sonreía forzosamente—. Pero además no sé qué demonios iban a agradecer.

—Sencillamente, el progreso científico.

—¿Qué diablos de progreso científico? Y además, ¿para eso hacíais experimentos con seres humanos? ¿Qué tratábais de averiguar? ¿Qué infiernos habéis buscado?

—Esos que tú llamas «seres humanos» habían sido importantes en otro tiempo —dijo Cecile despectivamente—, pero ahora ya no eran nada. Sin embargo nos interesaban precisamente ellos. Los que habían sido *algo* en la sociedad, la ciencia o el arte, los que tenían un cerebro de primera magnitud. Eso nos permitía saber lo que puede resistir un cerebro humano.

John Panther volvió a sentir aquel frío en la espalda mientras musitaba:

—¿Para qué?

—Para poder dominarlo. Para conocer sus resortes más íntimos,

lo cual es siempre un adelanto para la ciencia. Pero, al mismo tiempo, para poder controlar las reacciones de la mente humana, lo cual es un modo de dominación política. Con el tiempo, hubiéramos llegado a crear un nuevo modelo de sociedad, controlada por unos pocos elegidos.

—Y esos «elegidos» seríais vosotros, ¿no?

La voz de Cecile se hizo más espesa al decir:

—Por supuesto. Nosotros. Las personas ligadas a Vance por sus ideas políticas o por sus grandes negocios capitalistas. Las personas como yo, que era la mujer de su vida, aunque de vez en cuando me gustasen otros hombres, como por ejemplo tú. Nosotros estábamos realizando ya los primeros experimentos para llegar a crear un tipo humano distinto, que reaccionase de forma fija a ciertos estímulos y por lo tanto fuese relativamente fácil de controlar. Luego aquellos experimentos, realizados con pocas personas y en el ambiente cerrado del hotel Stuart, hubieran podido ser realizados con grandes masas.

—¿Pero en qué consistían exactamente? —susurró el detective—. ¿Qué tácticas empleabais, aparte la de la violencia?

—La violencia la empleamos raramente, Panter, o en todo caso fue «otra forma» de violencia. Por ejemplo, en el canal cerrado de televisión del hotel hacíamos ensayos de publicidad subliminal, que como tú sabes es aquella que la mente sólo capta en su inconsciencia, pero que la va marcando poco a poco. Los ojos humanos no pueden captar de una forma concreta las imágenes que duran menos de un dieciseisavo de segundo, y por tanto, si la televisión o el cine pasan una imagen a más velocidad que ésa, los ojos «no la ven» de una forma concreta, pero sin embargo la sensación llega a la mente, con la particularidad de que «parece que es una creación de la propia mente», como si la idea no viniese de fuera, sino de dentro. Eso, repetido una y otra vez, puede llegar a provocar las ideas que uno desea. Por ejemplo, ensayamos eso con el televisor situado en la habitación del hombre que se mató, y cuya cabeza cayó al vacío. Le fuimos insuflando la idea del suicidio hasta que él mismo colocó una afilada pieza de metal en su ventana de guillotina y se cortó la cabeza. Lo malo fue que cayera en tus manos, porque no contábamos con eso.

Empujó nuevamente a Panter con el cañón y añadió:

—Otros suicidios de los que nadie encontró la causa se produjeron en San Francisco en el plazo de un año, pero no se llegó a sospechar la verdadera razón. Sabiendo, pues, que podíamos sugerir la idea de la muerte, sugerimos también la idea del sexo, lo mismo en un sentido que en otro. Por medio de un suave gas inodoro, repartido en algunas habitaciones, podíamos producir una tremenda excitación del sistema nervioso, de modo que el deseo sexual fuese irrefrenable, o bien podíamos anularlo de tal modo que la idea del sexo se confundía con la idea de agresión, causando horror.

Una mujer en la que habíamos anulado toda idea sexual, se lanzó por las escaleras, ciega de horror, y se mató, cuando uno de nuestros agentes hizo la prueba de tratar de abrazarla. Otros, en cambio, practicaron el acto sexual hasta la muerte, dominados por una locura que no podían controlar. Tú mismo estuviste a punto de ser víctima de esa influencia, pero tu cerebro es más fuerte que el de los otros. Por eso me parece una lástima que tengas que morir.

Lanzó una risita mientras añadía:

—Vance y yo sabíamos que tendría que haber muchas víctimas humanas, pero eso ¿qué importaba? Controlando a los otros seres por medio de la idea de la muerte, la idea del sexo y hasta la del hambre (pues también conseguimos quitar el apetito por completo, hasta llegar a la inanición), nadie se nos podía oponer. Una vez realizados esos experimentos en grandes masas, el poder sería nuestro. *Y lo será.* Porque la muerte de Vance no cambia las cosas, amor. Porque continúo yo...

Y lanzó una risita mientras se disponía a disparar.

Sólo necesitaba apretar el gatillo. Todo estaba listo.

Pero cometió un error.

Precisamente aquella risita.

Porque ésa fue la señal para John Panter, porque éste se dio cuenta de que había llegado el momento definitivo.

Y se lo jugó todo a una carta. Ni un segundo antes ni un segundo después. Tenía que hacerlo... ¡ahora!

Intencionadamente tenía los codos un poco alzados, como los de un hombre que se entrega. Pero eso fue precisamente lo que le sirvió para volverse en fracciones de segundo y golpear con el codo izquierdo el cañón del rifle, desviándolo en el momento en que

disparaba.

La bala le rozó.

Cecile lanzó un grito de rabia, sin comprender aún qué había ocurrido.

Y de pronto recibió aquel terrible *jab* en la mandíbula, que quedó desencajada. Sus ojos se nublaron mientras el rifle resbalaba de entre sus dedos.

Fue un golpe que hubiera dejado K. O. a un boxeador profesional, y mucho más a una mujer. Pero, sin embargo, Cecile consiguió llegar hasta la puerta, dando dos vueltas sobre sí misma y tropezando con la pared.

Panther, que hubiese podido levantarla materialmente del suelo con un nuevo impacto, no movió los puños porque le dio asco hacer eso. Pero sí fue a saltar, en cambio, para abrazarla y dejarla inmóvil. Tenía que llevarla ante el fiscal del distrito, tenía que obligarla a declarar para que todo el mundo supiese qué clase de alucinante carrera de crímenes se había desarrollada en las calles de San Francisco.

Pero no llegó a tiempo de evitar que ella abriese la puerta y saliera al exterior dando un traspié. Panther tomó entonces el rifle caído en tierra y salió a su vez mientras gritaba:

—¡Quieta, zorra! ¡Quieta o te abraso!

La bala llegó entonces desde el fondo del jardín, cuando Cecile seguía corriendo. Dos hombres situados junto a la cancela acababan de disparar a la vez, atravesando el cuerpo de la hermosa mujer. Cecile cayó hacia atrás lanzando un grito, mientras su pecho se teñía de rojo.

Los dos hombres que acababan de disparar alzaron entonces sus armas contra John Panther, cuya silueta se recortaba en la puerta. Sólo entonces se dieron cuenta de su error, pero se dispusieron a remediarlo. Panther tenía que morir.

En apariencia contaban con todas las ventajas.

Le estaban apuntando ya.

Pero no contaban con la rapidez de Panther, que tenía ya la culata del rifle automático apoyada en la cadera. Como si el rifle fuese una metralleta, disparando a una velocidad de vértigo, envió ante él una cortina de plomo.

Los dos hombres que estaban junto a la cancela se

contorsionaron. Sus manos fueron al aire mientras soltaban las armas. Gotas rojas saltaron hacia la noche y mancharon las hojas de los árboles.

John Panter bajó el rifle poco a poco.

Ahora estaba seguro de haber liquidado a los últimos esbirros que estaban al servicio del hotel del infierno. Los que quedaban eran comparsas de segunda fila a los que fácilmente se podía detener. La pesadilla había terminado.

Pero antes tenía que encontrar a Evelyn.

Sin duda la muchacha estaba encerrada y amordazada en alguna de las habitaciones de la casa. No era posible que su propio padre le hubiera dado muerte, aunque quizá eso hubiera entrado en los propósitos de Cecile. Pero sabía que Evelyn estaba viva y tenía que encontrarla.

Evelyn, la que siempre había confiado en él.

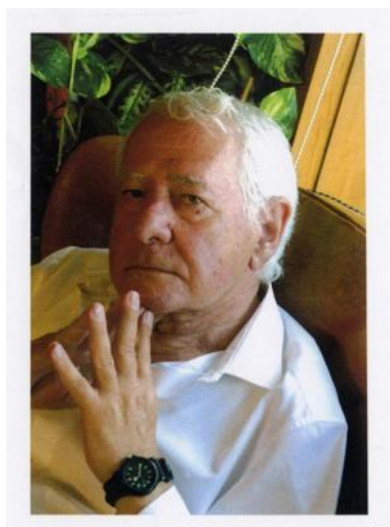
La que, después de todo, estaba en el fondo de su vida.

Mientras entraba de nuevo en la casa, John Panter chascó dos dedos y pensó: «Después de todo, quizá nos convenga pasar la luna de miel en el hotel Stuart. Usando de vez en cuando aquel gas que pone cachonda a la gente, lo vamos a pasar bomba»...

Aunque convenía ir con pies de plomo. Porque si se equivocaban de gas e inhalaban el que producía el efecto contrario... ¡vaya lío!

John Panter cerró la puerta a su espalda mientras empezaba a recorrer las habitaciones de la casa.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.